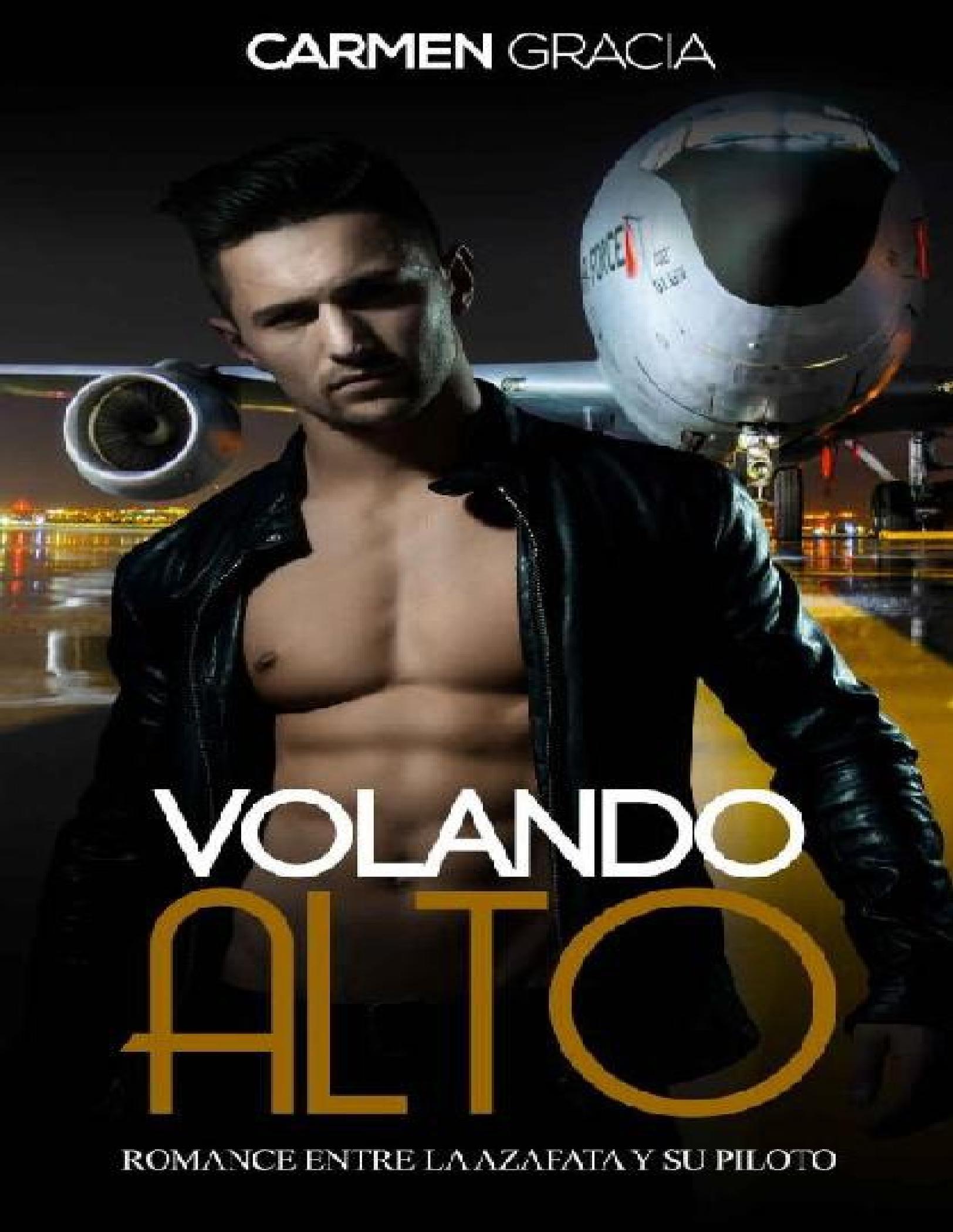


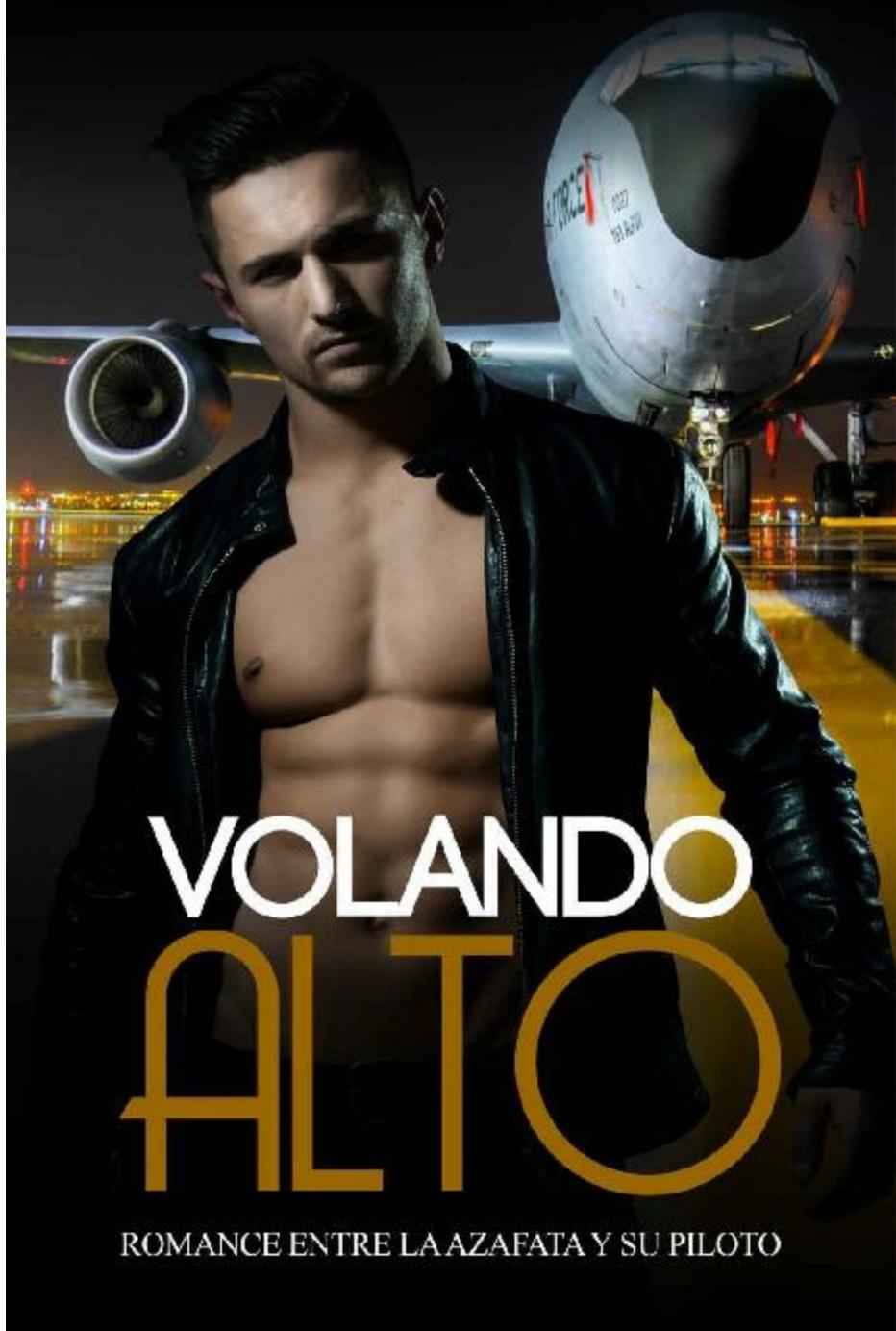
CARMEN GRACIA



VOLANDO
ALTO

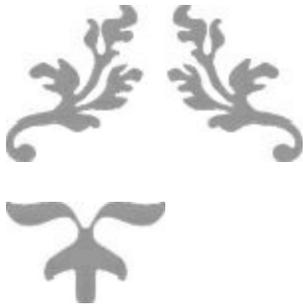
ROMANCE ENTRE LA AZAFATA Y SU PILOTO

CARMEN GRACIA



VOLANDO
ALTO

ROMANCE ENTRE LA AZAFATA Y SU PILOTO



VOLANDO ALTO

*Romance entre la Azafata y
su Piloto*

Por Carmen Gracia

© Carmen Gracia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Carmen Gracia.

Primera Edición.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi

boletín informativo y

conseguir libros gratis

Ya era tiempo para que se permitiera la entrada de los pasajeros al avión. Los mismos abordaron como de costumbre.

Niños, adultos, jóvenes y maletas por doquier. Era su quinto día de trabajo, el tercer vuelo del día y ahora tendría uno de cinco horas.

Antes de cerrar la puerta, Susana debía indicar su parlamento. Se encontraba parada en medio de todos, atendiendo a la idea de que no la escucharían; ya estaba acostumbrada a ser ignorada. Las personas le veían allí, a la espera. No tenía mucho de lo que fijarse.

Comenzó a hablar. Llevaba ya más de dos años volando, tenía el puesto de sobrecargo. Se encontraba al mando.

Más o menos. Recibía con amabilidad a los pasajeros. El copiloto, que siempre

confunden con el capitán del avión

cuando habla, comenzó a decir el

parlamento de bienvenida.

Ella se sabía el libreto de memoria,

tanto como el recordar su propio nombre o la fecha de su cumpleaños; casi como

si hubiese nacido con ese conocimiento,

como si en su mente no hubiera cabida

para nada más, lo que hacía que recitara

las palabras igual que si estuviese

entonando la Marcha Real.

—Buenas noches señoras y señores

pasajeros. Le damos la bienvenida al

vuelo 612. Estamos agradecidos que

hayan elegido viajar en *K&A Airways*.

La duración del vuelo es de cinco horas

—comenzó a hablar el copiloto mientras

se subían todos al avión.

Mientras el copiloto hablaba, ella seguía

recibiendo a los pasajeros. De vez en

cuando, posaba, su vista en varios de los

personajes dispuestos en los diferentes
asientos del avión. Los menores sin
acompañamiento que acababan de entrar,
peleando en sus asientos sin prestar
atención.

Mujeres

y

hombres

de

negocio

escribiendo rápidamente sus últimos

mensajes de textos antes de que dijese la parte en la que no se permitían los
usos

de aparatos electrónicos a la hora del

despegue, y, de quienes hacían el intento

de parecer atentos, cuando, de todos

modos, hacían caso omiso a aquellas

palabras.

Desde lejos y con una mirada furtiva, le

veían nada más para inmortalizarla en

sus fantasías sexuales con azafatas. A

pesar de no saber eso, sentía que no era precisamente por interés en el tema.

—Por motivos de seguridad y para evitar interferencia con los instrumentos

—prosiguió Arturo— los teléfonos

móviles

deberán

permanecer

desconectados desde el cierre de

puertas y hasta su apertura en el

aeropuerto de destino.

Todos seguían atentos a sus propios

asuntos. Sin consideraciones en ella o su

equipo.

—Los

dispositivos

electrónicos

portátiles podrán utilizarse cuando se

apague la señal luminosa de cinturones.

Les rogamos guarden todo su equipaje

de
mano
en
los
compartimentos
superiores
o
debajo
del
asiento
delantero, dejando despejados el pasillo
y las salidas de emergencia. —cerraron
las
puertas—
Ahora,
por
favor,
abróchense el cinturón de seguridad,
mantengan el respaldo de su asiento en
posición vertical y su mesita plegada.

Les recordamos que no está permitido fumar en el avión. Gracias por su atención y feliz vuelo.

Se mantenía atenta, indiferentemente de

la

atención

que

ellos

prestaban,

pendiente de si los demás tripulantes de

cabina de pasajeros (TPC) bajo su

mando

hacían

el

resto

de

las

indicaciones como les correspondía.

El

copiloto

fue

desnudando

la

bienvenida ante los pasajeros como si a

ellos realmente les interesase esa

información, al menos no a todos, si

acaso a algunos. Susana lo sabía, ya

había volado lo suficiente como para

entenderlo.

Caminó hasta donde se encontraba

Arturo, tomó el teléfono en su ajuste

instalado en la pared y se dio media

vuelta. El copiloto revisó que la puerta

estuviese bien cerrada, visitó el galley,

tomó unos dulces y observó si todo

estaba en orden. Entró en la cabina de

vuelo y Susana comenzó a hablar.

—Señores pasajeros, siguiendo normas

internacionales de aviación civil, vamos

a efectuar una demostración sobre el uso

del cinturón de seguridad, chaleco
salvavidas, máscaras de oxígeno y
localización

de

las

salidas

de

emergencia. Es muy importante que
presten atención. —Dijo a través del
micrófono.

Los tripulantes tomaron el cinturón y
comenzaron la demostración.

—El cinturón de seguridad debe
permanecer abrochado siempre que la
señal luminosa de cinturones esté
encendida. Se abrocha y se desabrocha
como les estamos mostrando. —
apuntaron con el índice en dirección a
las señales— En caso de tener que
realizar una evacuación de emergencia,

los senderos luminosos del suelo les
guiarán hasta las salidas de emergencia.

«Observen que en este avión hay ocho
salidas de emergencia. Dos puertas
situadas en la parte delantera de la
cabina, cuatro ventanas sobre las alas, y
dos puertas en la parte posterior del
avión.

Todas

estas

salidas

son

fácilmente localizables por el letrero

Exit.

Se detuvo por poco menos de dos
segundos para que sus compañeros
tomaran los salvavidas y prosiguió. Las
personas disfrutaban verlos hacer esas
demostraciones.

Algo de lo que poco a poco fue

percatándose.

Los

pasajeros

se

entretenían viéndolos hacer algo, pero,

estaba segura que en el caso de que

sucediera un accidente, no sabrían qué

hacer.

—Los

chalecos

salvavidas

están

situados debajo de cada uno de sus

asientos. Pero no deben extraerse a

menos que se lo indique un miembro de

la tripulación. En caso de amerizaje —

trató de ver cuántos entendían el termino

—

y

siendo

advertidos

por

la

tripulación, se sacan de su alojamiento,
se introducen por la cabeza, se pasan las
tiras alrededor de la cintura y se
enganchan las anillas al cierre delantero.

Susana mantenía el mismo tono de voz,
después de todo, eso sería lo más que
les diría a los pasajeros en todo el viaje,

a

menos

que

se

presentaran

inconvenientes o que tuviesen quejas
irracionales.

—Para ajustarlo tire de los dos
extremos. Para inflarlos, se tira con
fuerza de las dos placas rojas

delanteras, pero nunca dentro del avión.

En caso necesario, el chaleco también puede inflarse soplando por los tubos laterales.

«Cada chaleco está provisto de una pequeña luz que se activa en contacto con el agua. En caso de una pérdida de presión de la cabina, se abrirán automáticamente los compartimentos situados encima de sus asientos. Si esto ocurriese, tire fuertemente de la máscara, colóquela sobre la nariz y la boca, y respire normalmente.

«Asegúrese de tener su máscara ajustada antes de ayudar a otros pasajeros. Los pasajeros que viajan con niños deben colocarse

su

máscara

y

luego

colocársela a los niños. En el bolsillo de delante de sus asientos encontrarán las instrucciones de seguridad. Por favor consúltenos si tienen alguna duda.

Muchas gracias por su atención y feliz vuelo.

Colgó el micrófono y se dispuso a sentarse para el despegue como le correspondía. Una vez en el aire, se dedicó a supervisar y atender a sus responsabilidades. Hizo el conteo de pasajeros mientras se entregaban las bebidas. El primer tercio del viaje transcurrió como de costumbre. No hubo problemas ni pasajeros insatisfechos.

De vez en cuando titilaba la seña de llamado a los tripulantes. De repente comenzó a hacerlo como si estuviese descompuesto; era un niño.

Al asomarse, le miró con odio y

reprodujo en su mente el sonido de su propia voz «Felicidades señor, por enseñarle para qué sirve el botón a su pequeño demonio», pero las dos primeras veces fue a atenderle como si nada. La última le profirió con elegancia y educación al pasajero.

—Por favor, señor, se le agradecería que le indicara a su pequeño que el botón que no deja de tocar es para llamar a los tripulantes de cabina únicamente si realmente quiere algo o solicita de nuestra asistencia.

«De lo contrario, nos complacería que le profiriera a su hijo que se abstuviese a hacerlo. —le dedicó una sonrisa en armonía con su dulce tono de voz—

Gracias.

El señor que estaba sentado al lado del pequeño, le miró amenazadoramente proponiendo con un sencillo gesto de

sus ojos, que no lo hiciera a menos que quisiera una reprimenda que lo avergonzara. Susan, levantó el torso, dio media vuelta y regresó a dónde estaba.

El resto del viaje fue tranquilo.

A minutos antes de la hora del aterrizaje, ella y las diferentes TCP se fueron retocando el maquillaje para empezar con el procedimiento. En lo que se encendió el aviso de los cinturones de seguridad, comenzó a indicar el protocolo correspondiente.

—Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto internacional de Manhattan. Por favor permanezca sentado y con el cinturón abrochado hasta que el avión se

detenga y la señal luminosa y los
motores se apaguen.

Los

teléfonos

móviles

deberán

permanecer totalmente desconectados

hasta la apertura de las puertas. Les

rogamos tengan cuidado al abrir los

compartimentos superiores ya que el

equipaje puede haberse desplazado.

«Por favor, comprueben que llevan

consigo todo su equipaje de mano y

objetos personales. Les recordamos que

no está permitido fumar hasta su llegada

a las zonas autorizadas de la terminal. Si

desean cualquier información, por favor

diríjense al personal de tierra en el

aeropuerto;

muy

gustosamente

les

atenderán. Muchas gracias y buenas noches.

Al parecer, ese día sería el último en que vería a su actual capitán. No lo trataba tanto como quisiera, a pesar de que realmente no le nacía hacerlo. El señor de las nubes, el jefe, la deidad del avión, se retiraría de esa línea y volaría en otra mucho más prestigiosa.

A pesar de que una de las cosas que siempre quiso cuando era niña, era poder encontrar un piloto que se enamorara de ella, al pasar de los años, la madurez y el conocer varios de ellos, fueron eliminando ese sueño en ella.

«El conocimiento es poder» repetía.

Después todo, tantos hombres soberbios e insoportables que conoció como tripulante de cabina de pasajeros, le

fueron matando la pequeña ambición de emparejarse con un hombre que tuviese las cuatro líneas sobre el hombro. «El todopoderoso señor del avión», hizo que bajara sus estándares con los hombres.

Por otra parte, el actual copiloto se mantendría, lo que significaba que con la llegada del nuevo capitán, el segundo al mando no tenía esperanzas de subir al cargo, ya que a pesar de sus años de vuelo, no era tan experimentado como Eduard —el nuevo comandante—.

Poco había escuchado de él, las personas que lo trataban o que tuvieron la virtud «así se referían ellos» de estar en el mismo avión que él, lo recomendaban y vendían como una persona totalmente agradable.

Según le habían dicho, al principio trabajó como sobrecargo, mientras hacía las preparaciones para poder pagar la

escuela de piloto. Eso, desde un principio, le daba una buena impresión al respecto. Aunque no era raro, no siempre se veía.

Susana, los TCP y los pilotos, salieron del lugar, caminando directamente a la salida sin hacer línea de espera en el aeropuerto para tener sus horas de sueño libre, más de las que tuvieron la semana pasada, para ir a un hotel y solicitar servicio al cuarto.

Todos se montaron en el transporte hasta donde se hospedarían ya que tendrían un día de descanso, para visitar el lugar.

El segundo piloto, se jactaba en las reuniones de que algún día tomaría el mando, mientras el capitán, normalmente se iba a disfrutar de su rango con alguna de las chicas que pedía que llevaran a la cabina a la hora del aterrizaje.

La chica se quedaría con ellos en el

hotel, cosa que a pesar de lo extraño que sonase, no era nada nuevo para ella. En esa línea de trabajo se conocía a suficientes personas para llegar a ver que algo se saldría de lo ordinario.

Casi siempre era una mujer de pechos y glúteos grandes. Con semblante de jovencita y cuerpo de veinteañera. La mayor parte del tiempo debía cumplir con esos requisitos.

A la hora del abordaje, él le ordenaba a la sobrecargo, en este caso Susana, para que la llevara a lo que sería su deleite en las nubes en el momento del aterrizaje: estar en compañía de él.

En cambio, Susana disfrutaba de la soledad y el silencio en su cuarto de hotel.

Se quitó los tacones para colocar los pies sobre varias almohadas con el fin

de elevarlos, Necesitaba mejorar su circulación. Le dolían de la misma forma que le vienen doliendo desde que comenzó a trabajar en la aerolínea.

Luego de ducharse y quitarse todo lo problemático del cuerpo.

Encendió el televisor mientras se comía aquello que atravesó el umbral de la habitación en un carrito de metal y, en lo que terminó de devorar, lo que se supone era su cena, se quedó dormida sobre, lo que parecía, un par de almohadas de plumas.

Cuando despertaron todos de su largo sueño, dormir era prioridad, salieron a comer a un restaurante. La chica de bustos grandes los acompañó, como si no tuviese nada que hacer con su vida aparte de aprovecharse de la amabilidad del capitán. Susana, disfrutaba cada segundo que podía con sus compañeros

y con su mejor amiga Gianna.

Luego de casi un día y medio de descanso, la despertó el sonido del celular que le indicaba que dentro de cuatro horas debía sacar el vuelo.

Respondió con un «sí» y comenzó a arreglarse.

Sería su último viaje con el «señor de las nubes» por lo que no le emocionaba el verlo sino el hecho que dejaría de hacerlo. Pidió un último servicio al cuarto, pero esta vez de postres, y se lo fue comiendo mientras pasaba el rato.

«Por lo menos será el último» pensó mientras se introducía una cucharada de helado a la boca «Espero mañana no me molesten con sus llamadas, estoy molida»

Terminó

su

merienda,

agradecida de tener un metabolismo acelerado y se marchó.

Por fin en el avión, volvió a hacer lo mismo que hizo durante el día en los otros vuelos. Antes de entrar al avión, en el transporte de camino al aeropuerto, hicieron el plan de vuelo tanto ella como los TCP y ambos pilotos.

Escuchó el discurso de bienvenida, indicó las instrucciones de seguridad, lo indicado a la hora del aterrizaje. Evaluó

a sus compañeros de cabina, repasó la lista de información de pasajeros y las demás responsabilidades de su cargo.

Los pasajeros, sin importar el tipo de vuelo, la clase, o la hora le ignoraban a su modo. Temprano era por su actividad, la agitación del día, esta vez, eran personas de negocios que vivían en las nubes al igual que ellos o incluso más.

Niños sin acompañamiento que debían

llegar a las noches de navidad, otros pilotos de la misma línea que viajaban de regreso pero como pasajeros. Gran parte de ellos durmiendo.

La noche era casi más tranquila, a pesar de atender algunos pedidos de una que otra persona, las cosas no pasaban de ser fuera de lo normal. Ella había descansado en la tarde, esta vez le tocaría trabajar.

Hizo los arreglos y pautó los descansos de los TPC, qué haría cada uno y donde estarían durante todo el vuelo. Como la jefa, la sobre cargo, «la gruñona», le tocaba estar siempre al tanto de todo lo necesario.

Un poco más de sueldo se resumía a muchas más responsabilidades. Era ella la «gerente de la tienda», si alguien quería hablar con el «encargado del lugar» llamaban a Susana para que

resolviera todo los problemas.

Al llegar a su destino, se despide de sus compañeros, toma un taxi para llegar a su departamento, metió al microondas la comida congelada que tenía en el refrigerador, mientras pensaba en las cosas pendientes por hacer: «tengo que poner a lavar el uniforme, no me queda ninguno limpio».

Sacó la bandeja, tomó un tenedor y se sentó sola a la mesa bajo la luz de su cocina a comer. «Que hermoso es estar aquí en paz» reflexionó. Mientras comía iba escrutando cada esquina de su hogar, masticando y saboreando por cada bocado.

Se lamentó de no tener ganas de ponerse a cocinar, después de todo eran las cinco de la mañana, no le sobraban intenciones de todos modos. «Cuando

me despierte, cocinaré un desayuno
delicioso» se propuso. Se levantó,
depositó el plato de plástico en el
basurero y se acostó a dormir.

—¡Ah! ¡Por fin en mi cama! —se dijo.

«Extrañaba esto» pensó antes de
quedarse profundamente dormida. Al
despertarse, hizo caso omiso a las
llamadas perdidas que tenía, era su día
libre, mágicamente, luego de estar un día
entero en otro país, y no iba a
responderle a nadie.

Cuando llegaba a casa de una larga
jornada laboral, esas de cinco días, no
tenía mucha intención de levantarse de
su cama.

Para tener escasas horas de descanso, el
estar acostada, obviamente con los pies
elevados, varios paquetes de botanas y
un gran televisor en su cuarto, eran lo que le parecía más apropiado para pasar

su tiempo libre.

Sus amigas la llamaban para avisarle

que

llegaban

a

su

destino,

entusiasmadas, esperando que le diera

un consejo o un lugar que pudiese visitar

en los casi segundos que le daban para

disfrutar entre vuelo y vuelo.

A la mañana siguiente, debía llegar a

sacar de nuevo otra serie de vuelos

durante el día, sin saber cuánto tiempo

de trabajo invertiría hasta su siguiente

descanso. Se propuso ir con la mente

abierta para conocer al nuevo piloto.

Tantas críticas a su favor le elevaron el

interés. «Podría ser el indicado» Pensó,

mientras

caminaba

a

través

del

aeropuerto. Pero sacudió la cabeza con la intención de eliminar el pensamiento.

Ya había pasado tiempo desde que eso era prioridad, aunque a veces se dejaba vencer por el impulso.

No podía negar que realmente parecía agradable esa idea. Tal vez, sólo de vez en cuando.

—Buenos

días

—dijo

Gianna

alegremente— ¿cómo amanecemos hoy?

—Con ganas de trabajar, como siempre, querida. —le respondió Susana.

—Así me gusta.

—Y, ¿qué has sabido del avión en que

iremos?

—No sé, no solo nos cambiaron de piloto.

—¿No ha llegado?

—No, preciosa. Yo llegué hace cinco minutos y me dijeron que debía esperar.

—A la verga, tengo que prepararlo todo y ya parece que se fuera a retrasar. — dijo Susana.

—Ni que lo digas. —concordó Gianna

—El pan de cada día. —aseguró Susana.

—Y cuéntame. ¿Lo has visto?

—¿A quién? ¿Al nuevo capi? —repuso Susana.

—Sí, —se acerca y le susurra— dicen que es hermoso. —le dijo Gianna, como

si fuera un gran secreto.

—Eso ya no es importante —repuso

Susana.

—Lo que digo es que de ser así, podría agarrarlo para mí, pero el mío es el

copi. Él es quien me interesa. —aseguró

Gianna con orgullo.

—¿Cuándo

piensas

decírselo?

—

inquirió Susana.

—Pronto. —aseveró ella.

Susana y Gianna esperaron a que los demás llegasen, en la sala de firmas, que es en donde hacen los planes de todo el vuelo, para comenzar con su día; lo necesario para poder trabajar. Los demás TPC fueron llegando para la planeación.

Fue allí cuando lo vio. El nuevo capitán estaba caminando por el aeropuerto listo para encarar su nuevo trabajo. La tripulación estaba

preparada

para

recibirlo.

Un hombre alto, fornido, con un par de ojos de color marrón claro, tanto que le pareció que desde lejos se diferenciaba un aire místico en su rostro. Una barbilla cuadrada, un cabello casi perfecto. Su manera de caminar era elegante y decidida.

Todo eso, que por algún motivo que Susana desconocía, se movía con gracia mientras embozaba una sonrisa que le cautivó de inmediato. Notaba que era un hombre feliz, viviendo el momento, disfrutando su vida. Esa misma actitud hizo que ella respondiera de inmediato a su forma de ser.

Al llegar a la del cuarto, para presentarse con la tripulación, pudo deleitarse con el sonido de su voz.

—Buenos días chicos, mi nombre es
Eduard. Seré el nuevo capitán. —dijo.
Se había quitado el gorro característico.
Todos se encontraban en fila, dispuestos
hombro con hombro para recibirlo
educadamente.

—¿Quién se encarga y porta el título de sobrecargo? —Preguntó Eduard

—Yo. Mi nombre es Susana. —dijo.

—Mucho gusto, es un placer conocerte

—aseguró Eduard mirándola a los ojos

— Bueno chicos, me encantaría que

pudiéramos

conocernos

mejor.

Disculpen si llegué tarde, pero les

aseguro que no volveré a hacerlo. Vale,

podremos conocernos mejor en otro

momento —subió su brazo derecho y vio

la

hora—

ya

deberíamos

estar

abordando. Comencemos.

Antes de salir, Arturo llegó, Eduard, lo separó por unos momentos del grupo sin que nadie se diera cuenta. El copiloto entró y lo saludó.

Ambos se conocían de antes, pero no como compañeros de trabajo. A veces compartían vuelo como pasajeros, o estuvieron en el mismo salón VIP de algún aeropuerto.

—Eduard, amigo. ¿Cómo estás? —
interpeló Arturo.

—Bien, no me quejo. Arturo, ¿viste la hora? —repuso Eduard.

—Sí, me costó trabajo llegar. —dijo el
copiloto, mientras se quitaba el gorro.

—Bueno,

a

mí

también,

pero

procuremos no retrasarnos de nuevo

¿Sí? —espetó Eduard.

—Oye —le dijo, como si estuviese intentando calmarlo— claro, no volveré a hacerlo. —Aseveró Arturo.

—Bien. Y ¿cómo está la familia? —
inquirió Eduard.

—De maravilla, no me quejo. No tener responsabilidades ni personas que me molesten al llegar a casa es lo mejor. No espero tener hijos todavía, ni una esposa. ¿Y tú? ¿Aún no piensas sentar cabeza? —preguntó.

Todavía no. Pero ahí veremos. —dijo Eduard— aunque me gustaría hacerlo pronto, no lo niego

Al terminar de hablar y regresar con los

demás, todos rompieron filas, hicieron lo que debían hacer estando allí y caminaron todos juntos, a través del lugar, como un grupo que bien llamaría la atención de cualquiera.

Nunca se separaban a la hora de subir o bajar del avión. Las personas los apreciaban como «la tripulación de este avión» «la tripulación de aquel avión».

Completamente uniformados, impecables, elegantes.

Mientras caminaba a su lado, Susana se sentía entusiasmada de acompañar a Eduard.

No sabía cómo más sentirse en ese momento, pero entusiasmo era el sentimiento más básico que pudo haberle invadido.

Una vez en el avión, Eduard tomó el

micrófono para darle la bienvenida a los pasajeros que abordaban. Cosa que el capitán nunca hacía. Susana tomó el mando como debía.

Mientras iban entrando las personas le pareció que Eduard «sonaba tan lindo».

Pasó todo el rato antes del despegue pensando en la forma en que se veía, en su aspecto, en su comportamiento. Le cautivaba todo al respecto. A penas llevaba una hora y media conociéndolo y ya quería más.

Eduard, luego de pedirles a todos para presentarse, se recluyó en la cabina de mando a tomarse el café que una de los TCP le entregó esperando a que todos los pasajeros abordaran. Siempre había alguien que llegaba de último, así que le tocaba esperar por un rato más. Susana continuaba pensando en él sin descuidar su oficio.

La primera impresión fue bastante buena, para lo que ella respectaba.

Había pasado la prueba del físico.

Definitivamente

le

agradaba,

y

consideraba que «Debería dejar de estar pensando en esas tonterías —pensó—

mejor me concentro en lo mío» aunque

no lo quisiera, en ella estaba renaciendo

ese deseo de poder emparejarse con un

piloto.

En sí, el motivo por el cual se había

hecho azafata no era ese, era parte de sus motivaciones. Su sueño era poder

ver todo el mundo, visitar diferentes

países, y la mejor forma de hacerlo fue

convirtiéndose en lo que hoy en día es.

Un novio apuesto que pudiera volar,

sólo era un capricho de jovencita.

Luego del despegue, de haber indicado todo como de costumbre, de revisar a los TCP y el recuento de pasajeros, se propuso a trabajar con calma.

A mitad del viaje, caminó por los pasillos hasta toparse con Gianna quien se encontraba indicándole a un señor a la altura de la salida de emergencia que no podría sentarse allí. Al notar que se acercó, su amiga, respiró de alivio y le indicó al pasajero.

—Señor, ella es la sobrecarga. Lo que quiera decir, dígaselo a ella. —dijo.

—¿Ella? —en tono déspota— No creo que sea ella. Quiero hablar es con el comandante. —reclamó el señor.

—Señor, yo soy la encargada, el comandante se encuentra ocupado, todo lo que quiera decir, deberá decírmelo a mí. —Aseguró Susana.

—Pues pienso que tú no puedes ser la

encargada. El sobrecargo siempre es alguien que parece saber lo que hace. Tú te ves como una niña. —le dijo el señor, molestándose aun más.

—Señor, soy una mujer adulta de veinticinco años. Y estoy más que capacitada para hacer mi trabajo. Me gustaría que fuese un poco más respetuoso, y dejar su insolencia, Por favor. —Le espetó con firmeza.

—Señorita, usted no podría ni atender una emergencia, así que quiero hablar con el comandante. —insistió el hombre. Susana respiró profundo. Era la primera vez que volaba en el mismo avión con Eduard y ya iba a entrar a molestarle con algo innecesario. No quería hacerlo, pero su trabajo era ese. Le hizo señal para que esperara, acompañada con un gesto

amable,

sin

romper

su

comportamiento educado para dar media

vuelta e ir con el capitán.

—Capitán, hay un señor que quiere

verlo.

—¿Quién quiere verme? —preguntó

Eduard

—Pues se levantó molesto y dice que no

quiere hablar conmigo, que quiere

hablar con el comandante —dijo Susana.

—Dile que no puedo atenderlo ahora. —

repuso Eduard con autoridad.

—Eso le dije, pero insiste. —insistió

Susana.

—Pues hazle saber que no me voy a

levantar a menos que sea algo

importante.

—Dijo,
terminando
la
conversación.

—Está bien. —Repuso Susana.

Susana salió de la cabina de mando para

volver

a

hablar

con

el

señor

problemático.

—Señor, el comandante dijo que a

menos que no haya descubierto la cura

al cáncer en su avión, no se va a levantar de su asiento. —aseveró

Susana.

—Pues yo quiero hablar con el

comandante. Su amiguita —señaló a

Gianna— no deja que me siente en el

pasillo y yo quiero sentarme en la salida de emergencia, allí se ve mejor el televisor. —indicó el señor.

—¿Gianna, porque no dejas que se sienten en la salida de emergencia? —preguntó retóricamente.

—No le preguntes a ella, yo me sé defender. —insistió el señor— Ella dijo que no puedo porque soy un viejo decrepito. —Hiperbolizó

—Yo no dije eso, le dije que no puede estar del lado de la salida de emergencia si no podía accionarla. —Intentó corregir.

—Yo puedo accionarla. —insistió de nuevo el señor.

—Señor,

¿usted

sufre

de

alguna

limitación o alguna enfermedad? —

preguntó Susana como si no supiera.

—Tengo artritis. —aseguró el señor.

Susana

bajó

los

hombros.

Definitivamente sabía eso ya que la lista

de información de pasajeros indicaba

todas y cada una de las cosas que son

necesarias para determinar ese tipo de

preferencias. El señor no iba a parar de

hablar.

No le podía permitir que se sentase a la

salida de emergencia, el protocolo no se

lo permitía. Ella lo sabía, pero hacer

entender a las personas que aquello que

quieren hacer no está permitido es

prácticamente imposible. «Más aun con

la edad».

—Señor, es protocolo. No podemos permitir que se sienta en la salida de emergencia si no tiene la capacidad de ayudar a accionarla. —Indicó Susana.

El señor se escandalizó por sus palabras como si le hubiese ofendido.

—¿Me estás diciendo incapaz?

¡Muchachita insolente y falta de respeto!

Eres una desgracia. Yo voy a hacer lo que me dé la gana. —se levantó.

El señor miró a las personas buscando apoyo. Realmente creía que estaba de acuerdo

—Señor...

—Señor nada, enana endemoniada. Eres una falta de respeto. Cuando lleguemos montaré una denuncia en tu contra. Esto

es incompetencia laboral, esto es un desacato —dijo sin dejarle hablar— te voy a demandar. Eres una bruja.

Susana trató de respirar profundo para evitar perder la compostura. Al escuchar la palabra «demanda» dio vuelta y fue a buscar la hoja de reclamo para hacerle una acotación, realmente inteligente, al señor.

Pero, a punto de tomarla, Eduard, pudo escuchar la discusión desde la cabina de vuelo. Estaba estresado por sus gritos y decidió salir. Abrió la puerta, tomó a Susana por el brazo y camino con calma junto a ella.

—¿Dónde está?

—Allá. —señaló hacia la salida de emergencia que estaba en frente de ellos.

—Vamos.

La llevó hasta donde se encontraba y le reclamó al señor.

—Señor, me gustaría saber qué le molesta. —dijo, sin soltar a Susana del brazo.

—Oh, señor comandante, que bueno. La señorita aquí presente no me dejó sentar... —Intentó explicar su punto antes de que Eduard le interrumpiera.

—Bueno, señor, me disculpo de antemano. —dijo; Susana le miró confundida—, la señorita aquí presente es la sobrecargo y lo que ella dice es ley. Por lo tanto, señor, realmente lamento haberlo subido a mi primer vuelo en esta línea. Me habría gustado mucho no tener una persona mal educada y prepotente haciendo revueltos en mi avión.

—Pero... —trato de hablar el señor.

—Pero...

estaría

encantado,

muy

encantado y hasta le agradecería que dejase de molestar a mis tripulantes y les obedeciera en todo, ella y los demás saben qué demonios hacer y sus indicaciones no deben ser cuestionadas bajo ninguna circunstancia. —espetó—

Le digo que agradezca que en este preciso instante se encuentra en el aire y llegará a su destino, ya que de haber sabido que esto sucedería, no lo habría dejado subirse. Por lo tanto, señor, le pido que se quede sentado en silencio sin molestar durante lo que queda de vuelo en el puesto que le han asignado.

—Este... —trato de hablar nuevamente el señor.

—Y, si lo que quiere es que formalicemos una denuncia, no usted, sino nosotros a su persona, entonces lo haremos con gusto. Por alterar el orden y la seguridad de este vuelo. Así que no lo digo de nuevo, señor.

Eduard, dio media vuelta, dejando allí a Susana, quien miró al señor con seguridad, para luego seguir a su jefe. El capitán no dijo más nada y entró en la cabina de vuelo. Ella estaba alegre de estar allí, de haber sido defendida.

Normalmente era el copiloto quien resolvía los inconvenientes en el caso de que sucedieran cosas como esas, el comandante nunca se levantaba de su asiento, pero esta vez, le sorprendió su respuesta. Algo fuera de lo normal.

Al aterrizaje, Eduard no pidió que ninguna chica atractiva entrase a su cabina. Cada cosa que hacía le parecía

totalmente anormal a Susana, pero del buen sentido. Quería conocerlo. Menos de diez horas de viaje y ya estaba perdidamente interesada en él.

Al momento en que el señor que se había escandalizado salió del avión, le entregó una nota de disculpa a ella en donde pedía que no formalizasen la denuncia.

Pasaron los siguientes vuelos del día y ella no le dirigió de nuevo la palabra a Eduard.

Luego de eso, al llegar a su país de origen. los TPC, junto a Susana, tomaron sus cosas mientras los de limpieza acomodaron el desorden que dejaron los pasajeros

El capitán, salió por su propia cuenta esperándolos a todos más adelante.

Cuando pasaron el registro en el aeropuerto y en donde todos se iban a separar, expuso una despedida amistosa.

Susana, a unos escasos metros de él,
miró como lo hizo, queriendo poder
acompañarlo.

Eduard se puso su chaleco y su gorro.

Para ella, ningún otro capitán se habría
visto tan bien como él en ese momento.

Abandonó el avión con el mismo estilo,
en lo que respecta a Susana, en que lo
abordó.

Pasaron una noche en España, esperando
al vuelo del día siguiente. Sólo le habían
dado quince horas de descanso. Lo que
pudo aprovechar porque su casa era la que quedaba más cerca del aeropuerto.

A la mañana siguiente, luego de todos
los preparativos, los protocolos y las
formalidades de cada vuelo, al llegar al
destino de viaje, tras estar en el aire
aproximadamente unas siete u ocho
horas.

Al momento en que ella misma dejó el

lugar para desestresarse en las horas
libres que le daban para disfrutar de las
maravillas de los países que visitaba,
intentó borrar de su mente aquel
momento de «debilidad», como ella le
decía, que sintió cuando la tomó por el
brazo. Había pasado una noche entera
pensando en ello, pero ya a ese punto, se
estaba comenzando a preocupar.

—¡Ya! Supéralo de una vez, Susana. —
se dijo.

Caminó por los alrededores de las
calles de la ciudad de Nueva York,
visitando una que otra tienda cercana al
aeropuerto. Intentó no alejarse mucho,
tampoco quería que se le presentaran inconvenientes por estar muy separada
de aquel lugar.

De vez en cuando lograba quitar su
atención del recuerdo que flotaba en su
cabeza de Eduard. Su mano firme pero a

la vez delicada que apretó su brazo al momento en que salió de la cabina. La seriedad de su voz, su semblante totalmente atractivo.

Estaba acostumbrada a ver otras TPC encarar ese tipo de sentimientos por algún capitán.

Siempre lo vio como algo ridículo, luego de superar su sutil ambición de acostarse con uno sin haberlo hecho, solo dejó de pensar en ello. A pesar de que muchas de sus compañeras cumplieron su sueño carnal con aquellos hombres uniformados, ella se mantuvo

suficiente tiempo alejada de aquellas tendencias lascivas y juveniles. Hasta ahora.

Eduard no tenía la intención de salir a conocer el lugar. Ya había estado en Nueva York antes, según él, lo había disfrutado lo suficiente. Su verdadera pasión era estar sobre todo ello, no por superioridad, sino, por contemplar la belleza del mundo al que había decidido pertenecer.

Por mucho tiempo trabajo como TPC, se hizo con el puesto de sobrecargo y pudo pagar sus estudios en la academia de vuelo. Estuvo laborando para diferentes líneas, haciéndose de una reputación intachable.

Gran parte de su sueño estaba ya tachado de su lista de cosas por hacer. En este momento, se dedicaba a vivir el instante, la vida. Estaba más o menos

feliz. Casi.

Hacía tiempo que no tenía una relación estable, eso no es algo que se pueda conseguir con facilidad con la vida que ambos tienen. Bien no significa que no fuera posible, era difícil para aquellos laicos en el tema de las nubes. Ellos dos lo entendían a la perfección, por lo que se dedicaban de cien a cien al vuelo.

En cuanto a Eduard, el conocer a la chica adecuada con la que pudiera sentar cabeza, se veía como una idea razonable cada vez que se acercaba más a su mayoría de edad. A penas tenía veintinueve años, y no había llegado hasta ahí precisamente por su edad.

Pero, mejor hacerlo ahora que aún es joven y apuesto.

No es un hombre superficial. No se acostumbra a sentir nada por aquellos por los que trabaja. La primera

impresión que tuvo de la tripulación no resultó muy relevante.

Bien, técnicamente sólo había socializado hasta el momento con Susana, y eso porque salió a defenderla del pasajero patán.

El resto de los TPC no despertaron nada en él. Tampoco, significaba que mientras se encontraba descansando en la zona VIP del aeropuerto de Nueva York, estaba pensando en ella perdidamente.

Sí, hizo memoria de sus últimos viajes, pero más importante parecía su masaje relajante y su sueño reparador. Cuando conoces un trabajo de esa índole, las necesidades son prioridad.

Susana se encontraba parada frente a una

vitrina en donde se reflejaba su imagen sobre un juego de cosméticos, que bien podía pagar, no conseguía razón para tener. No hasta que recordó el rostro de Eduard.

Se sorprendió perdiéndose en aquel objeto mientras se imaginaba ser cortejada por el capitán, e incluso, invirtiendo su atención en ella. «Si me comienzo a maquillar mejor, puede que me note» pensó, calándose en sus pensamientos.

«Puede que consiga hacer que se fije en mí, y con eso podría... —de repente, recapacité— ¿Qué? ¡No! Nada de eso.

Olvidalo de una buena vez» Levantó la mirada, le cruzo los ojos a aquel estuche sin vida como si tuviese la culpa de su debilidad y, enojada, dio media vuelta.

Ya estaba invirtiendo demasiado tiempo pensando en él, cosa a la que no estaba

acostumbrada.

Sus relaciones laborales nunca habían hecho algo como eso. Caminando por las calles, llena de energía por la ira que le invadía reflexionaba «¿Qué rayos me sucede?» pensó que no era precisamente el primer hombre atractivo con el que trabajaba, «El último no era feo que digamos».

Para ella nada de eso tenía sentido, por muy a pesar de que se prometió que no pensaría más en él, seguía retomando el tema. Logró desviar su atención de aquella idea comprando cosas para sentirse mejor.

Regresó al aeropuerto para comer con calma sin tener que pensar en Eduard como un hombre. Hacerlo demostraba que le interesaba, y no aceptaba que fuese así ya que tenía menos de un día

conociéndolo.

La mayor parte del vuelo ni siquiera lo vio, por lo que realmente solo tuvo contacto con él por menos de una hora, sumando esos pequeños instantes. Pero, aquel instante en que el comandante salió de la cabina para defenderla, no se borraba de ninguna forma de su memoria.

Eduard debía pilotar el siguiente vuelo a España, y necesitaba la ayuda de su sobrecargo para sacarlo. Ella se encontraba sentada comiendo, completamente sola.

De cuando en cuando se acordaba de la escena que montó con ella en la cabina de pasajeros, a pesar de que no le daba la importancia necesaria, algo como

ello, que lo obligara a salir de su paz interior, le ocasionaba una especie de taquicardia imaginaria.

Recordaría aquel suceso lo suficiente como para decir que le palpitaba la venas de la sien tan solo con la mera mención de aquel momento.

Siempre sucedían cosas como esas. Los pilotos, lo mejor que había, según aquel mundo al que pertenecían. Desde un principio,

los

colocan

como

el

todopoderoso señor del avión.

A las azafatas, tanto en su preparación institucional, al igual que en el que le da la aerolínea antes de volar, les enseñan que no se puede refutar las órdenes del

capitán.

Pero, Susana, con el paso del tiempo, aprendió que en el momento en que alguien arremetía a sus chicas, o a sus tripulantes, ellos saldrían a defenderles sin ningún tipo de problema.

Nunca el capitán, tal vez no siempre, pero si uno de ellos dos. A causa de eso, a veces se veía a alguien salir de la cabina de vuelo a discutir con algún pasajero insolente.

En el siguiente viaje que compartió con su hombre soñado, Susana no tuvo la oportunidad de verlo nuevamente fuera de lo habitual.

No hubo ningún problema en el aire, no le pidió ninguna taza de café, no directamente él ni a ella, ni tuvo la oportunidad de atender a su salud ni cuando llegó ni en el momento en que

abandonó el avión.

Se mantuvo ocupada, por decisión propia, para evitarlo tanto como el azar se lo permitiese. Estuvo todo el día pensando en él, estarlo pensando tanto tiempo le parecía absurdo.

Dos días después de aquel viaje, sin darle importancia, se despertó antes de escuchar la alarma; tras una corta noche de descanso, más pronto de lo que se lo imaginaba. Se levantó apresurada, con tiempo para retocar su belleza y su atractivo femenino.

Esa mañana estaba particularmente entusiasmada por ir al trabajo. Lo atribuyó a ese descanso que tuvo. No quería que nadie más llegase primero que ella. Sentía una increíble necesidad de llegar antes que todos, todavía no aceptaba que

era
por
motivos
personales.

Estuvo atenta a la llegada de los demás con los que compartiría tiempo en el aire. Pasada una hora de estar allí, no veía ningún rostro conocido. Eduard, haciendo justicia a su promesa, salió temprano de su casa para llegar al aeropuerto a primera hora.

Para su sorpresa, al momento en que se encontraba cerca del punto de encuentro, allí estaba Susana. La vio alegre, sonriente y particularmente atractiva. Es requisito estar bien arreglada para el trabajo, pero esta vez, ella le dio un nuevo significado a lo que él creía conocer.

Se entretuvo unos segundos, sin delatar

su interés por la sobrecarga.

—Buenos días —le dijo, acercándose a ella.

—Oh, buenos días capitán. Que gusto verlo —le respondió Susana con amabilidad.

—¿Cómo amanece? ¿Disfrutó de su descanso?

—Sí, bastante. ¿Cómo ha estado yendo?

—Inquirió ella.

—Bien. No me quejo. ¿Tienes hora? No pude traer nada con que saberla y no tengo idea de si los demás van tarde o yo llegué muy temprano.

—Son las siete y treinta. Iba a esperarlos a todos en la sala, pero es mejor estar aquí.

—Está

bien.

Está

bien.

Déjame

averiguar si podemos salir antes. No te
muevas de aquí, ahora vuelvo.

Eduard se retiró dejando a Susana allí.

Luego de eso estuvieron conversando
por un rato antes de que llegaran los
demás TCP. Una vez todos estaban
reunidos, y hecho los planes de siempre,
se dirigieron al avión a preparar el
vuelo. Antes de empezar a volar, el
capitán ingresó a su cabina para revisar
los comandos y todo lo previo al
despegue.

Arturo salió a hacer lo que le
correspondía, como ver el estado de los
motores,
que
las
demás

puertas

estuviesen cerradas, que no hubiera aves

en las turbinas... el resto del tiempo, les

correspondía

esperar

a

que

la

sobrecargo y los TCP ordenaran a los

pasajeros, recibéndolos uno a uno.

Veían en la lista a aquellos que estaban

en el aire con frecuencia, cuales niños

viajaban

solos,

los

que

tenían

condiciones especiales. Se entretuvo,

como de costumbre, con su trabajo.

Durante el desapegue, estuvo sin

comunicarse con la cabina de vuelo, lo que se traduce que no sabía nada de Eduard. Quería entrar, a pesar de que no tenía motivos relevantes para hacerlo, nada más para verlo. Debía esperar a que el avión llegase a los diez mil pies de altura antes de poder interactuar con su jefe.

Ya cumplido el requisito, en el que podía pedir permiso para entrar y que le abriesen la puerta —que solo se puede hacer desde adentro—, con la excusa de servirles una bebida caliente a ambos pilotos, logró su cometido. Los dos se encontraban distraídos en su trabajo.

—Disculpen. ¿Capi le traigo un poco de té caliente, café, o alguna u otra cosa?

—Sí, por favor, una taza de café... no, mejor. ¿No tenemos chocolate?

—Sí, se puede preparar.

—¿Y tú? —preguntó Eduard a Arturo.

—Me gustaría un poco de café.

—Bien, entonces, si no es mucha molestia, un poco de café y una taza de chocolate caliente.

—¿Y de comer? ¿No quiere algo?

—Sí, me gustaría algo de eso.

—¿En específico?

—Lo que sea. Me gustaría que me sorprendieras —dijo Eduard.

Miró hacia atrás, por sobre su hombro, regalándole una sonrisa que hizo que

Susana se desconcentrara un poco y soltara una risa nerviosa. Para desviar su atención, trató de hacer seguir el tema.

—¿Y tú? —le preguntó Susana a Arturo.

—Sí, por favor. Sería bueno —dijo Arturo. Como si no le gustara conversar con nadie.

—Mientras se pueda comer, será bien recibido. ¿Verdad? —repuso Eduard,

soltando una leve carcajada.

—Sí, tiene razón. —respondió ella,
acompañando aquel signo de júbilo a
poco de cruzar la línea de la
exageración— Entonces le traeré algo.
Ahora vengo.

Se dio media vuelta y salió de la cabina
de vuelo para buscar lo que le habían
pedido. Primero, se centró en lo de
Eduard, eso era lo que realmente le
importaba.

—Gianna, querida, ven para acá.

—¿Sí? ¿qué pasó?

—Por favor, prepárale un café a Arturo.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Bueno, te gusta, ¿o no?

—Sí, ¿pero eso qué tiene que ver?

—Necesito hacer algo, aparte de
llevarle el café a Arturo. No tengo
tiempo para eso, Hazlo tú. ¿puedes?

—Está bien. De todos modos tampoco es que sea algo malo. Y ¿qué se supone que harás?

—Buscar chocolate. Necesito uno que sea realmente bueno. Así que pretendo hacerle algo realmente bueno.

—¿Chocolate bueno? ¿Para qué quieres chocolate?

—Luego te explico. Quiero hacerlo rápido. —le dijo apresurada antes de retirarse.

Susana caminó hasta el galley de primera clase para sacar el chocolate que tenían almacenado. No le importaba qué le fueran a decir, después de todo la que estaba al mando era ella.

Tenía la intención de hacerle una taza de calidad a su capitán. Todo para sorprenderlo, como él le dijo. Aparte de ello, tomó unos bocadillos que hacían armonía con el sabor dulce y caliente de

aquella bebida. A pesar de que aun no lo aceptaba, le estaba dando mucha importancia a la impresión que el tuviese de ella.

Pero, sin embargo, trató de justificarlo.

«No es eso. Estoy haciéndolo porque quiero» pensó mientras alcanzaba el chocolate

y

tomaba

lo

que

le

acompañaría. Vio unas botanas saldas, nada del otro mundo, que le parecieron apropiadas para llevarle a Arturo y así no parecer demasiado desesperada.

Sacó una taza que limpió con mucho cuidado, puso a preparar el chocolate y lo sirvió, sin derramar, en su recipiente.

Le colocó un poco de crema batida que tenía escondida, por encima al igual que ralladura de una barra de chocolate que guardada para más tarde. Lo puso todo sobre un plato en donde rodeó con los bocadillos que había tomado.

—Gianna —le llamó Susana mirando alrededor.

—¿Sí? Aquí estoy. ¿Ya tienes tu chocolate? ¿Quieres algo?

—El café...

—Está guardado en el micro, ya servido.

—Está bien, gracias. Déjame y los llevo.

Susana, sacó la taza del pequeño horno eléctrico con el que calentaban todo y lo puso todo sobre una bandeja de aluminio. Fue hasta la puerta y se anunció.

—Soy yo. Susana, les traigo lo que me

pidieron. —dijo tras tocar la puerta para luego sonreírle a la cámara con la que veían desde adentro.

—Está bien, pasa. —respondió Eduard, quitándole el seguro eléctrico para que pasara.

Susana, entró con cuidado de no derramar nada.

—Aquí
está
el
chocolate

—
colocándoselo al frente a Eduard— con unos bocadillos.

—Vaya, se ve bastante bueno. Gracias.

—dijo Eduard, encantado.

—Y tú, aquí tienes el café con unas botanas saladas.

—Gracias. Muy amable.

—No hay de qué. Espero le guste el chocolate.

—No lo dudes, está delicioso —repuso Eduard tras separarse la taza de la boca y tragar rápidamente para poder hablar.

—Me alegra. Entonces. Les dejo.

Susana salió, completamente realizada del lugar, queriendo poder hacerlo de nuevo. Las excusas le escaseaban al momento de poder entrar. Pero, por temor a no sincerarse y evidenciar su obvia atracción, intentó no hacerlo muy a menudo.

—¿Y eso? —preguntó Arturo.

—¿Eso qué? —repuso Eduard.

—Que ella te trajo todo eso, así, bien presentado.

Se

ve

increíblemente

delicioso. —acotó Arturo.

—No sé a qué te refieres. —confundido,
sin querer ver lo evidente.

—Que ella te trajo un chocolate caliente
casi demasiado perfecto y a mí, un
simple café con unas galletitas saladas.

Es decir ¿galletas saladas? —repuso,
como si estuviese molesto

—¿De qué te quejas? Tú le pediste un
café y no fuiste muy específico a la hora
de pedir para acompañar. —repuso
Eduard.

—Tú sólo dijiste «chocolate caliente»,
así que no te confundas, yo he visto los
chocolates que sirven el galley y no son
nada comparado con eso que te trajeron.

—aseveró Arturo.

—Ah... no seas un llorón. ¿Qué
insinúas? —espetó Eduard

—Pues, que de seguro ella lo hizo por ti.

—dijo Arturo, sin mucho tacto.

—Patrañas. Solo es un chocolate cualquiera.

—Dijo

Eduard

con

seguridad.

—¿Sabe como tal? —inquirió con seguridad Arturo.

—No —dijo Eduard— pero no es gran cosa.

—Sí tú lo dices. La verdad pienso que hay algo raro. ¿Viste como te sonreía?

—inquirió Arturo.

—¡Deja ya! —exclamo con mediana calma— es su trabajo. Yo también fui sobrecargo. Lo hacemos por costumbre. Sonreír, tratar bien a la gente. Nos pagan por eso.

—Está bien, no digo más nada. —Le

miró hambriento— ¿me darás?

—¿Qué, de mi chocolate? —preguntó

Eduard, retóricamente.

—Sí ¿Solo un poco? —pestañando,

tratando de imitar un PCT amable.

—Ni de coña. Es mío, además, andas quejándote de mi chocolate y ahora me pides. No. —espetó Eduard.

—Vale, vale. Está bien. —dijo Arturo.

Eduard se terminó su taza y la puso a un

lado. Al igual que Arturo. Ambos

continuaron conversando de temas

variados,

algo

para

mantener

el

ambiente vivido sin muchos conflictos.

Estar más de cinco horas, incluso días

completos, sentados viendo hacía el

frente como si no hubiese un verdadero

punto de enfoque interesante, agota el pensamiento. Los tópicos de distracción son bienvenidos cuando se puede. Antes del aterrizaje, Eduard solicitó la presencia de Susana.

Susana, al enterarse de que el comandante quería hablar con ella, le despertó una especie de ánimo interno muy diferente al que siempre le llegaba cuando los demás capitanes le llamaban.

Había tenido suficiente tiempo para aceptar la idea de que podría ser como los demás, pero prefirió centrarse en que era «especial».

Sin embargo, repasó la lista de información de pasajeros para ver si había alguna jovencita que pareciera demasiado puta para sus metas. «No necesariamente

alguna

zorra»),

se

justifico

«sólo

lo

suficientemente

atractiva como para tener el honor de
ver el procedimiento de aterrizaje».

No aceptaba a las mujeres de pechos
grandes,

porque

consideraba

que

obtenían más atención de la que podría
recibir ella.

Su preocupación fue creciendo cuando
comenzó a ver que el lugar parecía una
reunión de conejitas de playboy. Rubias,
bustos grandes, caras de zorra, otras,
con miradas de inocencia, pero ella
sabía que no eran de fiar.

Le parecía absurdo, lo que poco a poco le quitó las ganas de seguir intentando sorprender a su comandante. Por su parte, una mujer de 1,67m con copa 32b, no presentaba una buena defensa en contra de aquellas candidatas.

A pesar de estar orgullosa de su cuerpo, el que estar en aquella posición, en la que una buena talla hiciera diferencia para perder la oportunidad frente a Eduard, no era tan agradable.

—¿Dónde está Susana? —inquirió

Eduard

a

Gianna

a

través

del

comunicador.

—Está revisando la lista de pasajeros.

Ya viene. —repuso Gianna.

Gianna, se alejó rápidamente de allí y fue a buscar a su amiga. Al llegar hasta donde estaba, se la encontró viendo la lista de pasajeros con la mirada perdida en una de sus hojas. Se acercó hasta ella y le tocó el hombro para hacerla reaccionar.

—¡Mujer! Te están llamando. Ya es la tercera vez que te nombran. ¿Por qué no vienes rápido? —Exclamó Gianna.

—¿Ah? Oh, cierto. ¡Rayos! ¿Sonaba molesto? ¿Crees que ya no le agrade? —inquirió preocupada.

—¿De qué hablas, mujer? Apresúrate.

—espetó Gianna.

—Cierto, ¿qué estoy diciendo? Toma...

—le entregó el libro.

—Oye, espera un segundo —le detuvo

Gianna— ¿sabes si traerán a otros TCP para fin de año?

—Tengo entendido que vendrá dos personas de la misma línea. Por algo ahí que no me han dicho. —repuso Susana.

—Vale, era para saber si me podía enfermar. —entonó en broma, Gianna.

—No, no puedes. —Dijo Susana y caminó apresuradamente.

Le entregó la lista y se desplazó con rapidez hasta la cabina de vuelo.

Mientras caminaba, pensó en lo ridícula que se veía buscando «competencia» entre los pasajeros como si realmente estuviese buscando salir con el capitán.

Cada vez que entraba en razón, el imaginarse compartiendo una relación con aquel hombre, le parecía absurdo.

Cualquier cosa resultaba absurda una vez que recordaba que había pasado tiempo desde que dejó eso atrás.

—Capi, soy yo. ¿Me llamaba?

—Sí, Susan, déjame abrirte.

Se llevó la mano izquierda al pecho y

aspiró con una arcada de aire seca.

«Susan» le cambió el nombre. Ya ciertas

personas le decían así, pero que él lo

hiciera,

innovó

por

completo

el

concepto que giraba en torno a ese

sobrenombre.

Eduard, con tan sólo mencionarla,

patentó su diminutivo dejándolo sin

derecho a uso ajeno al suyo. Ella se

encargaría de que fuera a así.

—¿Necesita que traiga a alguien o algo?

—¿Qué? No, para nada. No tiene nada

que ver con eso. Siéntate.

—¿Sentarme? ¿Aquí?

—Sí, siéntate allí y abróchate el cinturón.

—Pero, debo estar afuera para.

—Dile a Gianna que lo haga. Tú quédate aquí sentada. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Susana, no estaba acostumbrada a estar en la cabina de vuelo a la hora de aterrizaje, la verdad, nunca la habían invitado. Esta vez, para lo que ella constaba, lo había hecho sin ningún motivo aparente.

Aunque, en ese momento, no le dio mucha importancia. Eduard, quería agradecerle el gesto e llevarle chocolate de primera clase solamente para que lo probara. Él lo sabía, había trabajado mucho tiempo como sobrecargo para saber a que saben las cosas costosas.

Al momento del aterrizaje, en que ambos

llegaron a tierra, no se molestó en decir más nada. Le agradeció la demostración, aunque insignificante para alguien que vivía la experiencia cada día, el verla como se hace solamente mejoraba, de a poco, todo lo que ya conocía. No quería admitir que realmente le había gustado.

Le ofreció una sonrisa a ambos pilotos y regresó a su trabajo a ayudar a desalojar el avión.

Nuevamente,

cambió

rápidamente de parecer en cuanto a sus

propios

intereses

personales.

Le

continuaba pareciendo algo totalmente

tonto, solamente porque no quería

permitirse estar atenta, de una forma que no fuese laboral, de Eduard.

Eduard notó el comportamiento extraño de Susana. Bien sintió que le había gustado, por la forma en que se portó durante el aterrizaje, pero, cuando salió de la cabina de vuelo y trató de acercarse a ella, le ignoro con facilidad y se ocupó en otros asuntos.

No quiso malinterpretar la situación por lo que hizo caso omiso a su raro comportamiento.

«¿Qué me pasa?, me estoy comportando como una estúpida» pensó mientras caminaba por el aeropuerto de París-Charles de Gaulle, «hizo un lindo gesto.

Si es que puedo llamarlo así. Solamente me invitó al cockpit por un aterrizaje.

Yo he estado en muchos aterrizajes» Se movía por los alrededores de aeropuerto buscando algo con lo que distraerse.

«Bueno, puede ser que no precisamente allí, y que no sea algo por lo cual debería estar molesta» comenzó a reflexionar.

Le parecía absurdo tener que estar cambiando de parecer solo para hacerle justicia algo que, bien sabía, no significaba lo mismo. Dejó por mucho tiempo la idea de emparejarse con un piloto. Sí, aunque sus intenciones al principio eran precoces, no tenía intención de repetir aquellos días.

Pero, esta vez era completamente diferente. No lo estaba haciendo por un sueño ridículo, ni por una ambición innecesaria. Si, no conocía a Eduard tanto como para sentirse perdidamente atraída por él, pero no significaba que el estarlo era malo.

Los días siguientes a ese emprendió un plan de acción diferente. Con más

precisión, se levantaba y perfeccionaba su atractivo femenino. Cada que llegaba o se encontraba con Eduard, le respondía con una alegre sonrisa.

Atendida a sus pedidos personales una vez en él aire. Únicamente ella, solamente para él. De vez en cuando, intercambiaban miradas que la hacían ruborizarse y arquear los labios con nerviosismo.

Trataba a los pasajeros problema como si su molestia o intolerancia no le afectara. Todo lo que hacía lo hacía completamente alegre. A pesar de que no podía disfrutar cada momento con Eduard tanto como quería, entendía que estaba ahí, y eso le interesase.

Durante los cortos momentos en que se encontraban, trataba de actuar lo mejor posible. Más amable, más carismática.

Nunca molesta o quejumbrosa.

Él,

respondía

a

ese

trato

con

amabilidad. Siendo atento, le dejaba quedarse una que otra vez en la cabina de vuelo por un rato para que viera el aterrizaje o el despegue. Cada vez que quería algo, como excusa, la llamaba a ella solamente para verla como le sonreía. Le encantaba su rostro, de una manera sencilla.

No entendía si era atracción física, si era una simple amistad o si sólo estaban teniendo una buena relación de trabajo.

Al principio, a Eduard no le importaba si era ella u otra que lo atendiese.

Pero, por algún motivo, una vez sintió

que le era particularmente atenta, que lo trataba con amabilidad extrema, poco a poco, mientras transcurrían los días de diciembre, fue sintiendo como su interés por ella fue evolucionando.

Le agradaba, por mucho, la idea de compartir algo más que una simple sonrisa. Como su relación se basaba nada más en eso, empezó a sentir cierto fetiche «sano», consideraba él, por sus labios.

Acompañado con un poco de sus ojos color negro, de la forma en que sus cejas se arqueaban para hacer armonía con su mirada penetrante y expresiva. Con el sonido de su voz al mencionar su nombre. Eduard, memorizó el aroma de su perfume y se estremecía cada vez que rozaban sus mejillas para saludarse cuando empezaba el día.

Él, tenía la aspiración de llegar lejos en la carrera de aviación, pero su sueño tenía un pequeño percance, además de todo eso, deseaba poder acercarse a alguien hasta el punto de no dejar de pensar en ella.

A su vida sólo le faltaba algo que le hiciera querer despertarse. Sus gustos eran sencillos, muchos se habrían acostumbrado a la vida del piloto, luego retirarse, acumular millones y disfrutar de una existencia tranquila rodeado de mujeres hermosas y lujos alucinantes.

Pero él no, él quería una pequeña casa en el campo con una mujer que lo amase.

Susana, estaba a penas viviendo su más grande ambición. A penas llevaba unos escasos años realizando eso por lo que tanto tiempo lucho. Pero, un hombre, no le haría daño a su experiencia.

Pero, ella no se evidenciaba. Ninguno de los dos lo hacía. Susana, intentaba lo más que podía no hacerlo para evitar ese cliché que en un principio, al conocerlo, le causaba conflicto. No quería parecer una adolescente enamorada de una figura de autoridad, bien vestida y con un uniforme de capitán.

Además, que no quería admitir que cada día se sentía más atraído por él. Eduard, por su parte, no quería ser un estereotipo. Por mucho tiempo conoció a comandantes ser unos patanes,

promiscuos u hombres sin escrúpulos.

El sentirse atraído por una bella chica, que fuese la sobrecargo de la tripulación con la que volaba, era un muy predecible en su línea de trabajo.

Pasaron los días, ella coqueteando con naturalidad: alargando los besos de saludo y despedida que le daba en la mejilla, la frecuencia (no fuera de lo ordinario) de sus visitas a la cabina de vuelo, la forma en que le miraba directamente a los ojos.

Él, respondiendo a todo eso, solicitando su presencia sin importar la frecuencia con qué lo hacía, pidiéndole que entrara a ver el aterrizaje o saliendo de la cabina de vuelo nada más para pedirle cosas que bien podría participarle por el comunicador.

Los que serían intercambiados de

tripulación llegaron cuando Susana se los esperaba. Se quedaron a estudiar la zona en la que trabajarían ya que, según les habían dicho, se quedarían con ellos en el día de año nuevo.

—Mi nombre es Susana, soy quien trabaja como sobrecargo.

—Mucho gusto —dijo uno de los TCP

— Mi nombre es Joseph

—Yo soy Stefanie. Mucho gusto.

—Igualmente, chicos. Les pediré que se familiaricen, dentro de dos días nos tocará hacer el último vuelo comercial y aterrizaremos en *New York* para la fecha.

Por lo que allí pasaremos el fin de año.

Si tienen algún problema o algo parecido, pueden decirme ahora.

—Yo no. —dijo Stefanie

—Ni yo. —confirmó Joseph.

—Vale, chicos. En ese caso, si tienen

algún familiar cerca, se pueden quedar con él. Lo importante es que el primero de enero saldremos en lo que se reactiven los vuelos.

—Vale —dijeron ambos al unísono.

Todo se mantuvo en orden hasta la celebración de año nuevo.

—Chicos, a las doce del día, tendremos nuestro último vuelo del año. Si quieren irse con sus familiares, en el caso de que estén cerca, lo sabré entender, pero me gustaría poder pasarla con ustedes esta noche ya que, después de todo, mañana en la tarde nos tocará el primer vuelo.

—Yo no tengo nada que hacer. —dijo Gianna.

—Ni yo —respondió Arturo.

—Yo no tengo familia a la cual visitar este año. Están de viaje porque supuse que esto sucedería —dijo Susana.

—Bien. Antonio no está aquí porque
tiene el día libre. Así que solo
quedamos nosotros.

—Nosotros ya nos pusimos de acuerdo
con
Susana.

—Confirmó
Stefanie
hablando por ambos.

En total, eran seis personas, sin contar al
resto de la tripulación que ya tenía
planes para ese día Eduard, Arturo,
Gianna, Susana y los dos TCP que
habían
sido
trasladados
de
otra
tripulación hacía una semana antes de
eso. No estaban muy familiarizados,

pero aceptaron pasar el rato todos
juntos.

—Vale, vale, preparémonos para el
vuelo.

Cuando aterrizaron en su destino, luego
de dejar el avión en lista y preparado,
salieron del aeropuerto a un hotel
cercano en donde, normalmente, muchos
de ellos ya se habían quedado con
anterioridad.

Todo, impecablemente uniformados,
fueron caminando hasta la recepción. Se
les informó que se haría una celebración
de fin de año con todos los que se
hospedaban allí.

Eduard,
estaba
hablando
con
el

repcionista, se dio media vuelta y les informó a los demás acerca de aquello que hacían en el hotel. Todos accedieron a ir. Pidieron tres habitaciones, y se dividieron de dos en dos para habitar cada una.

Gianna y Susana compartirían una, los pilotos otras y los transferidos de otro vuelo de igual forma. Les entregaron las llaves y fueron a dejar sus maletas.

—Miren, los veo en la recepción en media hora. —dijo Eduard— si quieren tómense su tiempo.

Eduard y Arturo entraron en la habitación que les correspondía. Les asignaron la 134. El copiloto dejó sus cosas a un costado de la puerta y volvió a salir. Eduard, se quedó adentro para recostarse un rato en una de las dos camas que les dejaron.

Quiso darse un baño primero para quitarse la pesadez del cuerpo. Sacó su afeitadora eléctrica del maletín e ingresó a la ducha.

Los TCP que habían sido transferidos de otra tripulación, se quedaron en la habitación para pedir servicio al cuarto.

Tanto

Joseph

como

Stefanie,

se

encontraban atentos y en la vanguardia de su relación. Algo que solamente ellos compartía y de lo que más nadie sabía al respecto.

Cuando se encontraban en público nunca evidenciaban su vida personal, a tal limite que, incluso,

los

demás

consideraban que ni se trataban como compañeros. Ellos tenían una relación amistosa en secreto, que además tenía beneficios, los cuales, llevaban en práctica cuando aterrizaban en cualquier país.

Se escapaban a algún hotel, o al baño de los aeropuertos en los que aterrizaban, con el fin, de eliminar estrés con una buena dosis de sexo. En su momento, lo hacían luego de despojarse de sus prendas y en ocasiones hasta con ellas.

Se sirvieron mutuamente sobre una de las camas de la habitación que habían pagado.

Susana y Gianna se dieron una ducha para vestirse un poco para la ocasión.

Estaban cerca de las diez de la noche, a

dos horas para marcar el fin de año.

Ambas bajaron a la recepción para integrarse a la fiesta que supuestamente habían mencionado cuando llegaron.

Arturo estaba ya cortejando a una chica en lo que ambas llegaron.

Eduard, no se veía por ningún lugar, al igual que Joseph ni Stefanie. Susana creyó que se iba a sentir desentonaada con el estilo de su ropa, pero bien se percató de que no eran los únicos tripulantes que estaban allí.

También había otros huéspedes, civiles, pero que no estaban exageradamente arreglados, así que, dejó sus complejos de lado e intentó divertirse.

Arturo estaba exhibiendo su uniforme de piloto. Tenía puesto el saco que siempre llevaba cuando

salía

del

avión,

exteriorizando

una

superioridad

imaginaria que vendía una percepción de sí, bastante interesante, para aquellos que no lo conocían.

No era precisamente un patán, pero, no dejaba en paz a ninguna mujer que pudiera ver sola. Gianna, lo miraba aterrorizada, más molesta que asustada, por no ser el centro de su atención.

—Ya tengo mi resolución de año nuevo.

—dijo Gianna mientras se tomaba una copa de vino. No le quitaba los ojos a Arturo.

—¿Cuál? —preguntó Susana.

—Tirarme a Arturo cuanto antes. —dijo Gianna.

—¿No es un poco agresivo? ¿Y el amor?

¿Y las citas? —inquirió Susana.

—Querida, eso lo resuelvo después.

Primero, me centraré enamorararlo con mi cuerpo. Que sepa que estoy disponible y dispuesta. —expuso Gianna.

—Yo no sé. —aseguró Susana

—Y ¿tú qué? ¿Ninguna preferencia por algún hombre en específico? Tal vez...

—con vos traviesa y dándole leves codazos en la costilla a Susana— ¿con el capi? Sé que te gusta, picarona.

—¿Gustarme? ¿A mí? No, nada que ver.

—dijo Susana.

—Ese tío es la leche. Todo un hombre atractivo. Seguro de solo pensar en él te mojas toda. —Acotó Gianna.

—¡Gianna! ¿Qué te sucede? —exclamó Susana.

—Nada. Solo estoy en la zona del cortejo.

Me

mentalizo

para

mi

movimiento. —dijo Gianna.

—¿No se supone que eso deba hacerlo
él? —le preguntó Susana.

—No en el siglo XXI, o tal vez sí. No
sé, pero yo quiero lo mío y lo obtendré a
como dé lugar. Cuando llegue el capi,
asegúrate de que no entre a su
habitación. Que estaré un tanto ocupada.

—Le aseveró Gianna

—¿Cuánto

tiempo?

¿Cuándo?

—

Inquirió.

—Lo sabrás en su momento. Solo no
dejes que nos interrumpa. —dijo

Gianna.

—Estás muy segura. —Indicó Susana con puntualidad.

—Mi vida, mírame, —señalo por completo la silueta de su cuerpo— no va saber resistirse a esto. —soltó una carcajada.

Susana, se rió con ella mientras Gianna se alejaba para acercarse a Arturo. En ese instante, Eduard apareció a un costado de ella, viendo como se iba su amiga.

—¿Qué tiene pensado hacer? —preguntó Eduard, cerca de Susana.

—Tiene pensado cortejar a Arturo. —respondió con naturalidad, como si siempre hablase con él.

—¿Precisamente por qué? —preguntó Eduard.

—Le tiene ganas desde hace tiempo. —explicó Susana.

—Tiene sentido. —agregó Eduard.

—Sí. —repuso Susana.

—¿No has visto a Joseph ni a Stefanie?

—pregunto Eduard.

—No —se giró para verlo y hablar de frente— desde que los dejamos en su habitación.

—Bueno, seguro Joseph está buscando algo en el hotel y Stefanie está

durmiendo. O viceversa. Pero no creo que estén desde ese entonces encerrado en el cuarto sin hacer nada.

—Puede ser.

—Eso también creo yo.

Susana, se acomodó para verse más natural en frente de Eduard. Tenía la intención de hacerlo ver su silueta femenina con mayor facilidad. En ese instante notó que no llevaba el uniforme.

—¿Te duele algo?

Susana, se acomodó con agilidad al

darse cuenta de que su técnica no funcionó.

—No, para nada. Solo me estaba estirando para hacerme sonar los huesos.

—¿Cansancio?

—Horrible, no tengo un día libre desde hace cuatro días. Estoy aquí por mero compromiso con la ocasión. De no ser así, estaría durmiendo en mi recámara completamente arropada y soñando con el día libre que me están dando, además, ¿por qué no estas uniformado como Arturo?

—Algo extremo, parece una vida tan emocionante. —dijo al primer punto—
Porque no soy un exhibicionista. —
repuso Eduard a su pregunta

—Te ves bien... —agregó— Sí, y eso que no sabes lo mejor. —tratando de

desviar el tema.

—¿Cómo qué?

—Que el resto del tiempo lo invierto en comer. Cada que llego a un hotel como, si tengo, lo disfruto.

—Cualquiera. Yo hago lo mismo.

Susana lanzo un quejido en murmullo, ligeramente asertivo, por aquello que le dijo y agregó encarecidamente.

—Ah, ahora me vas a decir que te encantan los dulces. —dijo.

—Me sigues dando chocolates de primera clase. Eso puede ser una señal.

—confirmó, Eduard.

—Hago lo que puedo. ¿Cómo supiste?

—inquirió Susana.

—Estuve trabajando un año y medio como TCP y otro más como sobrecargo.

Sé a qué sabe un chocolate de primera clase. —aseveró Eduard.

—Bueno, pero sigues pidiéndolo, así que no creo que sea precisamente algo malo. —Dijo con Susana austeramente —No lo es, me agrada lo que haces. Me gustaría que no dejaras de hacerlo. Lo disfruto. Eres buena. —Afirmó Eduard —Gracias. —repuso Susana.

Eduard y Susana compartieron el silencio armonizado por la música que ambientaba el lugar de la celebración. A principio, antes de hablar, vieron como Gianna espantaba a la chica con la que Arturo hablaba para ocuparlo para sí misma.

Luego de eso, no se alejaron durante toda la noche. El capitán del avión, sintió la necesidad de consagrar esa reunión con un buen brindis, solamente para avivar la relación, romper el hielo y darle calor al momento. —¿Quieres algo de tomar? Yo invito.

Así, hacemos algo a parte de estar
parados viendo a los demás.

—Yo estoy acostumbrada a eso.

—Y yo acostumbrado a ver puras nubes.

Así que quiero estar por un buen rato
viendo tu rostro, así sea en silencio.

Susana, respondió con un gesto de
sorpresa e incredulidad. Según había
entendido, Eduard le dijo que quería ver
su rostro.

No comprendió exactamente a qué se
refería. Era una afirmación muy ambigua
para entrar en detalles. Si acaso pudo
entender que le dijo que estaba
atractiva. Cosa que, le pareció lo mejor
que pudo haberle dicho.

Eduard regresó con las copas en cada
mano dispuesto a pasar la velada
completa con su sobrecargo. Hablaron
hasta que se gritó y celebró con

entusiasmo la llegada del año nuevo.

Arturo y Gianna se dieron un beso característico del momento con lo que ella consagró que se quedaría esa noche con él.

Tanto Eduard como Susana los vieron hacerlo, y así esta entendió que debería mantener al capitán ocupado para que no entrase en su habitación para que disfrutasen de su sexo de año nuevo.

Susana y Eduard contemplaron el momento con carisma, compartieron durante varias horas, bebiendo vino, hablando

del

trabajo

y

de

sus

aspiraciones en la vida. Se entretuvieron por largo tiempo con las anécdotas del

otro. Hasta, luego de una cantidad relevante de bebidas alcohólicas, Susana aprovechó el hecho de que Gianna estaba seduciendo a Arturo para llevarlo a la habitación de él, por lo que se fue con Eduard a aquella en la que ella se estaba hospedando. La intención de ambos era clara.

No necesitaban aclarar ningún punto, descifrar algún enigma entre ambos para estimar lo mucho que deseaban estar allí en ese momento. Estaban de acuerdo en lo que querían, así que, fueron directo a la acción.

Antes de entrar, con la llave en la mano cerca abrir la puerta de la habitación, Susana le dice a Eduard.

—Tengo tiempo sin hacer esto. Mucho tiempo. —dijo.

—No hay problema, igual para mí. —Le robó un beso.

Susana estuvo esperando mucho tiempo
para rozar sus labios. Aquel hombre
belfo le dejaba una sensación de
comodidad al sentir como su labio
inferior
la
apretaba
como
un
malvavisco. Tal vez estuviese negándolo
cada vez que podía, pero esta vez,
sencillamente lo recibió con total
encanto.

Como si nunca hubiese probado un par
de labios antes. Dejo caer la llave.

Eduard sentía lo suave que era Susana,
percibía el aroma que emanaba y se deleitaba con el sabor de su boca.

Ambos, estaban entusiasmados por lo
que vendría después.

Susana intentó recoger la llave del suelo

sin despegarse de Eduard, hasta que se dio cuenta que no lo iba a lograr a menos que se acercara al suelo. Se desprendió del capitán, se arrodilló y la tomó. Aprovechando su momento de libertad, se decidió a abrir la puerta rápidamente antes de él decidiera darle otro beso.

Ambos entraron en la habitación y este cerró la puerta con el pie, cogiendo a Susana por la muñeca, atrayéndola a él con seguridad y firmeza.

Le dio un segundo beso, que la dejó más alarmada que el primero. Esta vez ya había superado haberse aturdido con el primero, y revivió el esplendor del ósculo de Eduard. Lo recibió con total entrega, esperando que él llevase su manó más allá de su cintura. Queriendo que lo hiciera.

Eduard llevaba una camisa remangada,
con un par de pantalones de vestir
marrones. Susana pantalón gris con una
blusa y una chaqueta roja de cuero.

Prefirió estar en tacones a pesar de
haberlos usado durante todo el día.

Él, desplazó su mano hasta su nalga para
apretarlo con gusto mientras ella seguía
perdida en sus labios.

Se entretuvieron hasta acercarse a la
cama, que era el único lugar cómodo en
metros. Susana, se despojó de la
chaqueta para proceder a quitarle, botón
a botón, la camisa a Eduard. Mientras
abría su prenda, contempló la definición
de sus músculos. Un hombre fuerte, bien
formado, atractivo y carismático.

Formaba parte de la mejor mano en un
juego de cartas que jamás pudo haber
tenido ella a su disposición. Luego de

desnudar su torso, le comenzó a
desabotonar el pantalón, justamente
después de quitarle el sujetador.

Eduard la cargó y aventó sobre la cama, en
donde

aterrizo

completamente

acostada. Tomó los bordes superiores
de su pantalón y los bajó con fuerza para
sacarlos de un solo jalón.

Sin camisa, sujetador ni pantalón,

Susana

se

acomodó

sensualmente

colocando de lado su cintura para hacer
relucir sus nalgas y sus hermosas
piernas. Con la mano sobre sus pechos
como si quisiera taparlos, preguntón con
voz traviesa.

—¿Vas a venir o te quedarás a ver,
vaquero? —dijo Susana.

—Como usted ordene, mademoiselle. —
Repuso Eduard.

Se lanzó sobre ella e introdujo su mano
por detrás de su cuerpo para acercarla
más y tomar sus nalgas. Eran un par
completamente redondo. Algo que se
veía desde lejos en el uniforme ajustado,
pero que se sentía mejor de lo que se
apreciaba solo con la mirada.

Lo apretaban, metiendo sus dedos entre
los pliegues de sus bragas llegando hasta su ano y un poco hasta su vagina.
Los acariciaba con la punta de estos
mientras. Esperaba que Susana se
quejara al respecto, pero parecía que le
gustaba lo que estaba haciendo.

Ella dejo escapar sus pechos, por lo que
aun los sostenía con sus manos. Estaba
ligeramente avergonzada del hecho de

que eran más pequeños de los que seguramente él estaba acostumbrado.

Por lo que esperaba que no los viera mucho. Pero, Eduard, con tan sólo una mano, tomo sus dos muñecas y las apartó de su pecho para poder verlo.

Se

quedó

por

varios

segundos

apreciándolos. Susana, apenada por no poderle ofrecer más. El, por haber visto pechos tan hermosos después de tanto tiempo. Se acercó a ellos y comenzó a besarlos.

Con la mano que aun tenía libre,

mientras forcejeaba contra los impulsos

de su pareja para liberarse y taparlos de

nuevo con la otra, cogió uno de sus dos pechos y los apretó suavemente, lo

suficiente como para que ella gimiera de placer. Se turnaba entre pezón y pezón.

Ambos comenzaron a erguirse. Duros, firmes. Como si hubiese solicitado que lo hicieran. Con su saliva, su lengua y sus brazos, fue aprovechando el sabor de Susana con sublime deleite. Ella, dejó de luchar para que la liberara, Eduard la soltó y ella se abrazó a él, mientras que su capitán tomaba en control completo de su cuerpo.

Con la, ahora libre, mano, comenzó a tocarle la entrepierna. Pudo notar que se encontraba completamente húmeda, impregnada de sus propios fluidos. No tuvo dificultad

para

rozarla

detalladamente.

Y, como si estuviese preparando el avión para despegar, con cada uno de sus dedos fue tocándola con precisión. A cada movimiento sobre su clítoris,

Susana aspiraba una gran cantidad de aire deseando poder respirar más profundo, y más fuerte. El cosquilleo que eso ocasionaba en su cuerpo, desataba una fuerte arcada de placer.

Eso le obligaba a retorcerse sobre las sabanas forcejeando contra su hombre.

Despertaba en ella cada sentido y cada centímetro de su piel. Cada movimiento colocaba por delante de su propia existencia, tan solo con el movimiento de sus dedos entre sus piernas.

Quería

sentirlo

más

fuerte,

más

profundo, más grande. Eduard, se
entretuvo un buen rato saboreando sus
pezones y tocándola por debajo. Ella ya
no sabía cómo reaccionar.

—¡Qué estas esperando ahora! ¡Qué te
de

permiso?

—dijo,

ella,

desesperadamente.

Eduard, no respondió. Sencillamente se
levanto, soltando ambas partes erógenas
de su cuerpo para bajarse lo poco de
ropa que le quedaba. Dejó escapar su
miembro

el

cual

se

encontraba

completamente erecto y listo para la acción.

Dejó a un lado su prenda y con una de sus dos manos, comenzó a jugar con su pene. En el preciso momento en que ella lo vio, soltó un grito agudo de éxtasis. Era lo que quería ver, superando cada una de sus expectativas.

Él, se acercó poco a poco a ella, sin soltar el tallo de su pene, estirando y contrayendo la piel sobre el miembro.

Al estar frente a frente con el sexo de Susana, utilizó la cabeza para esparcir mejor los fluidos que se escapaban de ella.

De la misma forma, abrió más los labios de su vagina, apretó su clítoris e impregno el glande con todo eso.

Susana no podía negar que disfrutaba aquella demostración, pero sus ganas de sentirlo adentro eran más fuertes que todo lo demás. Así que, con su propia mano tomó el pene de Eduard, lo apretó, a lo que él respondió con una fuerte aspiración de aire, y lo introdujo ella misma en su vulva.

Sin mediar en palabras, lo atrapó entrelazando sus piernas y empujó hasta adentro, sintiendo como rozaba cada centímetro del interior de su vagina.

Gimió de placer, al abrigar el miembro erecto de Eduard.

Tardo varios segundos en recuperarse de la punzada de placer que le recorrió todo el cuerpo, hasta que, una vez terminó la sensación,

gritó desesperada.

—Más, dame más.

A penas escuchó esas palabras, Eduard comenzó a embestirla como un animal embiste contra las rejas de su prisión en el zoológico ante la provocación de un niño insolente.

Con fuerza, comenzó a golpear el interior de Susana, sintiendo como su vulva se iba contrayendo y expandiendo por cada arcada de placer que su pene le ocasionaba. «La mejor puta forma de comenzar el año» pensó, mientras aceleraba el paso de sus movimientos de cadera.

Agarró las piernas de Susana, las cuales estaba manteniendo levantadas en el aire,
las
junto,

extendiéndolas

y

llevándolas más hacia el pecho de su
chica.

De esa forma, ella comenzó a sentir que
Eduard llegaba más profundo, como si
estuviese invadiendo su útero. Sus gritos
aumentaron de frecuencia, más fuertes,
más altos. No dejaba de repetir «sí, sí,
más, más» lo que servía como
motivación para Eduard.

Aquellas palabras encendían más las
llamas que se apoderaban de su cuerpo,
obligándolo a ser más agresivo, más
intenso. De repente, sacó el pene y ella
se quejó.

—¡Ey! ¿Qué pasó? ¡Vamos, regresa!

¡Metédmela de nuevo! —dijo ella.

—Date la vuelta. —le dijo Eduard.

Tomando el control.

—¿Así? —preguntó, Susana, con una voz traviesa.

Se dio media vuelta, colocando la parte superior de su cuerpo contra la cama y subiéndole sus nalgas a la altura del pene de Eduard. Desde abajo, lo veía con una mirada seductora, mordiéndose el labio e invitándolo a pasar sin decir ninguna palabra.

—¿Por qué esperas tanto para meterlo?

¡Metédmela de una buena vez, primor!

¡Vamos!

—¡Vale, vale! ¡Aquí voy, preciosa! —se acercó lentamente.

En lo que su glándula tocó la apertura de su vagina, empujó con fuerza llegando hasta lo más profundo de Susana.

—Ten

todo

este

trozo,

querida.

¡Disfrútalo! —le dijo Eduard.

—¡Sí!, ¡Sí! —repuso Susana, con entusiasmo.

La cogió con ambas manos por la cintura acercándola y alejaba de él. Susana gritaba de placer con cada golpe de cadera, deseando que lo metiera más veces por cada una que se salía de ella. Eduard la complacía en ese deseo silencioso.

De manera única, sintonizaron sus pensamientos, lo que ocasionó que el otro hiciera lo que uno quería que pasara. Estaban conectado a un nivel diferente de percepción, en donde, las cosas como las conocían, eran reflejo de la existencia única. Algo que se plasmaba ante la idea de que los dos eran uno solo.

Y, de esa forma, seguían conversando

con su cuerpo. Los temas que durante
mes y medio no tocaron, fueron
desentrañándose en ese instante. Eduard,
evaluaba cada centímetro de Susana,
explorando todo cuanto podía, haciendo
de cada lugar que tocaba una zona
totalmente erógena.

Ella respondía con un gemido más alto
que el anterior, inhalando con fuerza en
el momento justo que el pene de su
capitán chocaba con lo más profundo de su vagina.

Chocaron por bastante tiempo, sin darle
importancia al resto de su cuerpo. Ella,
retrocedía con fuerza, tanto como sus
gritos, él apretando sus caderas como
podía.

Sus pies se entrelazaban en las piernas
de su capitán para empujarlo hacia el
frente en el caso de que sintiera que se
salía demasiado. De repente, se liberó

en ella el primer orgasmo intenso de la noche. Primero de varios de ese encuentro.

Eduard, sintió que Susana había bajado el ritmo de su respiración, por lo que le dio de nuevo la vuelta para tenerla de frente y verla a los ojos. Ella estaba procesando el orgasmo que había sentido y se dejó mover sin presentar ninguna resistencia.

Él, cogió sus piernas y las apoyó en sus hombros. En ese instante, en posición y listo para despegar, empujó su miembro al interior de su vagina, ocasionándole una réplica.

Estuvieron repitiendo cada movimiento y luego de cuatro orgasmos más de Susana, justamente al último, Eduard, se salió, bajó las piernas de sus hombros y acercó su pelvis hasta su rostro para acabarle. Totalmente agotado, se recostó

a su lado.

—Eso fue increíble. —dijo Eduard,

totalmente cansado.

—Podías haberme avisado —Repuso,

Susana, con voz cansada.

—No tuve tiempo. Disculpa —se excusó

Eduard.

—No, tranquilo. Me encantó que lo

hicieras. —le dijo Susana.

Mientras lo decía, se llevó la mano al rostro y, con esta, se limpió el semen de la cara para luego lamer sus dedos.

Inmediatamente volteó su cabeza para verlo y agradecer con una mirada traviesa.

Eduard,

observó

aquella

demostración, estupefacto, tomó fuerzas,

y se acercó para comerse sus labios con un beso apasionado lleno de éxtasis.

Se volvió a recostar a su lado para
agregar.

—Eres increíble. —dijo Eduard.

—Tú eres mucho mejor. —Agregó
Susana.

Eduard, se movió un poco para verla
con la satisfacción pintada en los ojos.

Retomó su posición anterior para
respirar profundo y exclamó

—¡No quiero levantarme!

—No lo hagas. Asumo que Gianna
también tuvo un regalo de año nuevo tan
bueno como este. Así que creo que está
todavía en tu cuarto.

—Entonces...

—dijo

Eduard

sin

terminar y viéndola a los ojos.

—Podemos pasar la noche aquí,

acostados, desnudos. —dijo Susana.

—Aceptó tu propuesta.

—Vale. Entonces, vamos a descansar por un momento. No puedo mover las piernas.

—Vale, vale. Está bien.

Eduard y Susana, se quedaron acostados por varios minutos hasta atrapar el sueño. Ella, se acercó a él para recostarse sobre su cuerpo y dormirse.

Al día siguiente, el capitán se levantó con el miembro erecto y con dolor de cabeza.

De repente, se dio cuenta que tenía a su sobrecargo, entre sus piernas, probando su pene con la boca. Cuando levantó la cabeza para ver hacia abajo, ella miró hacia arriba, se sacó el miembro y le saludó.

—Buenos días, dormilón.

—¡Vaya! ¡Qué maravilloso despertar! —
exclamó Eduard.

—Hago lo que puedo. —dijo Susana,
volviendo a introducirse el pene a la
boca.

Estuvo lubricándolo con su saliva y
tocando su vagina para calentarla hasta
que él se despertara. Una vez lo hizo, le
dio una última probada, gateó sobre él y se sentó en su pene. Lo tomó con la
mano para alinearlos justamente a la
entrada de su vulva. Se sentó sobre él,
sintiendo una satisfacción inmensa que
le recorrió todo el cuerpo.

Lo cabalga sin contemplar más nada ni
más nadie. Eduard tomó sus pechos con
las manos mientras sentía como Susana
rebotaba sobre sus caderas. Ella, tras
severos movimientos, entre rápidos y
lentos,
gemía

de

placer

desmesuradamente.

Cada vez que se sentaba, sentía que se acercaba más a las puertas del Valhalla tras haber disfrutado, con intensidad, los placeres de la vida.

—¡Estoy a punto de acabar! —exclamó

Eduard, intentando salirse

—Hazlo adentro. ¡Lléname! —exclamó

Susana entre orgasmos.

—¿Segura?

—Sí... ¡Qué demonios esperas! ¡Hazlo!

—dijo a punto de alcanzar su siguiente orgasmo.

Eduard, aguantó un poco más por escasos segundos hasta que acabó en el interior de Susana. Sintió una liberación increíble, como su cuerpo se erizaba por la corriente de placer que lo invadía.

Ella, aguantó la respiración al momento en que sintió como su semen la llenaba por completo. Aquel liquido caliente le quitó el aliento, dejándola totalmente idiotizada. Se dejó caer sobre el pecho de su comandante.

—Definitivamente eres asombrosa. —
dijo Eduard entre suspiros.

Luego de quedarse recostados por un buen rato, Eduard extendió el brazo para pedir servicio a la habitación. Al medio día les tocaba sacar el primer vuelo del día, pero no les habían avisado nada al respecto. Comieron al momento en que llegó lo que habían ordenado, y se bañaron juntos.

En ese momento también se excitaron con tan solo verse desnudos. Susana, estaba renuente a hacerlo, en parte, pero se dejó llevar por las insinuaciones de Eduard en la ducha.

Él, ayudó a lubricar su vagina con un poco de su propia saliva mientras ella se encontraba recostada a la pared con las nalgas levantadas. Inmediatamente sintió que todo estaba listo, tomó su pene y lo introdujo en su interior.

Susana, dio otro suspiro de placer.

Eduard se estaba acostumbrando al sonido.

Llevaba

toda

la

noche

escuchándolo y lo que iba de día también. Le encantaba tanto sentir como ella se derretía sobre su pene, causando un escalofrío de placer.

Tanto degustaba el miembro de su comandante, que una vez dentro de ella, no quería que se saliera nunca más. A no

ser que fuese para darle una embestida salvaje.

Se dio la vuelta, colocó la pierna sobre una de los escalones que se encontraban dentro de la ducha para poder sentarse y se abrió para Eduard. Él, tomó uno de sus pechos con la mano, una de sus nalgas con la otra y la empujó hacia su pene para penetrarla.

Se encontraba totalmente erguido y excitado por ella. La presión de la vagina de su sobrecargo, le causaba placer con tan solo dejarlo adentro, sin moverse. Pero quería sentir como le rozaba la apertura de sus labios, como chocaban sus pelvis y la carnosidad de cada una de las partes de su cuerpo.

Esta vez, no quiso preguntarle, por lo que acabó sin previo aviso dentro de ella. Justamente cuando lo hizo, Susana estaba

experimentando

el

último

orgasmo del día, según ella, y le vino la idea de no lavarse adentro. A pesar de que no hiciera mucha diferencia, el creer que estaría todo eso allí le mantendría excitada todo el día.

Al salir de la ducha, se vistieron.

Susana, comenzó a ponerse el uniforme, mientras Eduard se colocaba la ropa de la noche anterior para ir hasta su habitación y uniformarse. Antes de salir, le dio un beso en la boca, largo y apasionado, a su sobrecargo y se fue.

En el camino a su cuarto, se topó con Gianna, quien caminaba de puntillas con los tacones en la mano. Se detuvieron como si ambos se hubiesen atrapado haciendo algo indebido.

—¡Oh! Capi. Buenos días. Feliz año —

dijo, viéndolo alegremente.

—Feliz año, Gianna, Buenos días.

¿Todo bien? —preguntó Eduard.

—Claro, de maravilla. ¿Y usted, todo bien? —preguntó Gianna, siguiendo la corriente.

—Pues,
igualmente.

Más
que
maravilloso —aseguró con una sonrisa.

—Me alegro mucho.

Se quedaron en silencio por unos segundos. Ambos sabían lo que el otro había hecho. No estaban a más de seis cuartos de distancias. Desde donde se encontraban parados. Se podían ver ambas puertas.

Sus habitaciones estaban a la vuelta de la esquina, así que era de esperarse que

en algún momento se vieran en el pasillo. No querían ser imprudentes y mencionar lo obvio, por lo que decidieron terminarlo de la forma más sencilla: hablar del trabajo.

—Oye, debemos apurarnos. Tenemos que hacer el vuelo. —interpeló Eduard, tratando de entonar la voz de mando.

—Es cierto. Vale, entonces... —hizo una pausa— sí, mejor nos vamos a nuestras habitaciones. Claro. —dijo Susana.

—Sí, entonces nos vamos. —agregó Eduard.

—Exacto, nos vamos... —dijo Gianna.

—Bien, nos vemos más tarde.

Por otros segundos se quedaron en silencio y sin mediar más palabras continuaron con su camino.

Gianna, se dirigió a la puerta de su

habitación, en lo que entró, Susana la recibió semidesnuda.

—¿Se te quedó algo? —dijo sin ver
quien había llegado.

En lo que se percató de que era Gianna,
se quedó fría en medio del cuarto. Tenía
plasmada una sonrisa de satisfacción en
el rostro al igual que su amiga. Ambas,
entendían lo que había sucedido, por lo
que, inmediatamente pasaron el shock de
la alegría, gritaron al unísono.

—¡Ah! ¡Tienes que contarme! —dijeron
las dos.

Volvieron a dar un grito de alegría,
entusiasmadas por lo que habían vivido.
Para luego comenzar a contarse la noche
anterior. Eduard, entró a su cuarto y se
encontró con Arturo, sentado en la cama,
colocándose los zapatos del uniforme.

—Feliz año. Art. —dijo Eduard, tras
cerrar la puerta.

—Feliz año, Capi. —le respondió

Arturo.

—¿Cómo estuvo tu noche? ¿La pasaste bien? —preguntó Eduard, abriendo su equipaje.

—De lo mejor. Gianna... —dejo de atarse las trenzas, levantó la mirada y entonó con inspiración— fue increíble.

Creo que amo a esa mujer.

—¿Amarla? —preguntó Eduard sacando su ropa.

—Sí.

Anoche,

anoche

fue

algo

totalmente increíble. Me encantó, esa mujer sabía lo que hacía. —dijo, Arturo, lleno de satisfacción.

—Creo que eso es bastante bueno. —

Expresó Eduard.

—Amigo, no hay otra igual que ella. Y
¿a ti? ¿En dónde te quedaste toda la
noche? Sé que estabas en la fiesta con
Susana, pero, luego de eso ¿qué,
dormiste en las escaleras? —inquirió
incrédulo, Arturo.

—Pues, solo había una habitación libre
con una cama disponible ya que estabas
aquí con Gianna... —dijo sin terminar.

—Espera...

no

me

digas

que...

¿Susana? —dijo sorprendido.

Eduard lo miró con una amplia sonrisa
dibujada en el rostro para reponerle con
orgullo.

—Efectivamente.

—¡No lo puedo creer! Bueno, si lo

puedo

creer,

pero...

—dijo

entusiasmado—

amigo,

eso

es

maravilloso. Me has dejado loco.

—Ni que lo digas. No me lo esperaba.

—dijo Eduard

—Y... ¿cómo fue? —inquirió Arturo.

—Fue totalmente maravilloso. Increíble,
no creí que llegase a ser tan perfecto. —
dijo emocionado.

Eduard se quitó la ropa y comenzó a
ponerse su uniforme. Ambos dejaron el
tema hasta ahí. Las palabras sobraban en
el esplendor de sus propios recuerdos.
Alguien había entrado en sus vidas y

ambos disfrutaron el esplendor del momento.

Al salir del hotel, todos uniformados, abordaron la furgoneta que los llevaría hasta el aeropuerto. Estaban los seis miembros de la tripulación que llegaron al hotel la noche anterior. Los demás, para ese entonces, ya debían encontrarse en el aeropuerto.

Susana Y Eduard se lanzaban miradas furtivas de vez en cuando mientras iban en el camino a su destino. Gianna y Arturo hacían lo mismo, pero de manera más descarada. Si pensar en los demás que los estaban viendo.

Pero la verdad, nadie se mostraba perturbado. Las tres parejas habían pasado una noche agradable

sin

problemas, así que al momento de esa reunión, el ambiente estaba impregnado de recuerdos enriquecedores.

Ese día, llegaron al aeropuerto y trabajaron, todos, como si no hubiese sucedido nada. Ambos pilotos se ocupaban de sus asuntos a la vez que se perdían en el recuerdo de la chica que les hizo conocer la gloria.

Susana le llevó su taza de café matutino a ambos luego del despegue. Las dos chicas se imaginaban estar de nuevo con aquellos hombres uniformados, tanto, e incluso, igual que ellos. En sus mentes, no pasaba más nada que el recuerdo de la noche anterior.

Pasaron los días, Gianna y Susana, no habían tenido un encuentro apropiado con Arturo ni Eduard ya que se hallaban trabajando hasta altas horas del día, y,

en el corto tiempo que les daban de

descanso,

lo

invertían

en

hacer

precisamente eso, descansar.

Los cuatro se quedaron, durante ese

periodo, únicamente pensando en su

pareja soñada.

Sabían que estaban más cerca de lo que

realmente parecía, pero, a pesar de

entender que estar relacionados con los

compañeros de trabajo de ese modo,

podría presentar un problema, por lo

menos así era en las otras aerolíneas que

conocían, ignoraban que la actual, tenía

criterios diferentes, pero, para la sobre carga, la TPC y los pilotos, no había

razón suficiente para pensar que fuese

así, por lo que prefirieron evitar

problemas.

Durante ese tiempo, se acostumbraron a

llevar una relación silenciosa.

Algo que solo ellos cuatro entendían.

Susana,

continuaba

llevándole

chocolates calientes al capitán, mientras

Gianna, preparaba el café de Arturo de

la forma que llevaba haciéndolo desde

que trabajaba en el mismo avión que él,

como sólo ella sabía que le gustaba.

Luego de varios días cansarse de la

abstinencia que llevaban practicando

desde hace tiempo, decidieron tomar

medidas. Susana, comenzó el recuento

de pasajeros, se hicieron los protocolos

de bienvenida, se trato y acomodó a

todos los que viajaban en aquel avión.

Pero, luego de los minutos en los que se

perdía la comunicación con la cabina de vuelo en el despegue, la sobrecarga sentía la necesidad de estar cerca de su hombre. Su capitán estaba ocupado atendiendo los controles, pensando que pronto, podría dejar el mando a Arturo y centrarse en ella por unos minutos.

No sabía si ella realmente querría estar con él en aquel instante, ni mucho menos si les daría tiempo de compartir aunque fuese una pequeña conversación a solas.

El trabajo en el avión era algo concurrido, y para la cantidad de personas que viajaban, se tornaría bastante difícil que pudieran hacer cualquier cosa.

De repente, luego de que se reanudaron las comunicaciones, Susana pidió entrar en la cabina ya que tenía con una taza del mejor chocolate del avión y el mejor café, cortesía de Gianna, para los

pilotos. Se los entregó a ambos con amabilidad.

A Eduard, le regaló una sonrisa con la que él se transportó de inmediato al momento en que ella lo despertó con una felación. A Arturo, le entregó su café como lo había acostumbrado a tomar desde que Gianna se lo servía sin que él se diera cuenta, con una nota que le habían escrito.

Susana, se acercó más de lo normal a Eduard cuando le bajó la taza de chocolate y le dijo en susurro.

—Te necesito ahora mismo. Te estaré esperando en la cabina de descanso. No habrá nadie.

Eduard, sonrió con aquellas palabras y respondió con un pequeño gesto con la taza. Susana, entendió el mensaje y salió de la cabina de vuelo con una sonrisa «de oreja a oreja» como le dijo Gianna,

al momento en que la vio cerrar la
puerta.

Ambas amigas se encontraban totalmente
atentas a sus amoríos de la noche de fin
de año. Habían compartido cada detalle,
cada centímetro y cada palabra sin
ningún error.

La sobrecargo, le pidió a la TCP que
estuviese pendiente de que nadie entrara a los cuartos de descanso; ese
pequeño
cubículo en donde hay un escaso juego
de literas en donde las tripulantes de
cabina suelen dormir en vuelos de más
de diez horas.

No ameritaba que lo hiciera ya que este
era un viaje corto, pero, quería estar
segura.

Al momento en que Susana salió de la
cabina, Arturo, se llevó la taza a la boca
y tomó la nota para leerla.

A lo que decía: «Necesito repetir la

noche en que me hiciste tuya. Si tú también lo quieres, cuando bajemos del avión deberás agarrarme el culo, ahí lo entenderé» En el momento en que leyó la última palabra, se ahogó con el café y casi lo derrama.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —preguntó Eduard, reaccionando a la sorpresa de su amigo.

—Oh, sí, no hay problema. Claro.

Descuida. ¿Qué dijiste? No... nada —divagó nerviosamente.

—Vale... —repuso sin intención de preguntar, como si estuviese loco— está bien.

Ambos pilotos estuvieron atentos, luego de repasar la trayectoria, el consumo del combustible, datos varios y en aquellas chicas que se encontraban al otro lado de la puerta.

Eduard, esperaba el momento justo para salir e integrarse a un encuentro con su sobrecargo favorita, la única con la que había experimentado algo especial, la primera con la que había, siquiera, mantenido una conversación interesante, estando sólo ellos dos.

Era un hombre totalmente conservado, pero el pensar en Susana, despertaba en él, instintos masculinos de más de siete millones de años de evolución, que llevaba escrito en su ADN.

Luego de media hora de espera, Susana solicitó entrar en la cabina de vuelo.

—Capi, me voy a la cabina de descanso un momento. Si necesita algo, me avisa.

Dijo Susana, como si nada, cosa que Eduard entendió inmediatamente. No le preocupaba que Arturo se molestara en pensar algo al respecto, pero de todos

modos, decidió esperar unos minutos para que no fuera muy descarado.

Pasado el tiempo que consideró necesario, le dijo a su copiloto que tomase el mando por un rato, a lo que alegó que no se tardaría mucho.

Arturo, no se quejó al respecto, ya que seguía perdido en aquello que le había dicho Gianna por la nota escrita. Su mente estaba flotando en las nubes al igual que el avión, imaginándose todo lo que podría hacer con aquella chica. La petición de Eduard le fue indiferente, estaba

ocupado

con

cosas

más

importantes.

Eduard, caminó con cuidado para no

llamar mucho la atención, se acercó a la
puerta de la parte en la que los TCP
descansaban.

La tocó, pero nadie respondió. Por un momento dudó de lo que estaba
haciendo «esto es ridículo, mejor vuelvo
a mi asiento» pensó, justamente antes de
que Susana abriera la puerta un poco
para que entendiese que debía entrar.

Al llegar adentro, Susana estaba sentada
en una de las literas, en donde
difícilmente se podría estar muy
cómodo. Extendió su mano en la que
tenía su braga de color rosado. Eduard,
se acercó pero la voz de la sobrecarga
lo detuvo.

—Ah, ah —dijo en tono de negación—
primero quítate los pantalones. —le
indicó.

Eduard, hizo caso como si fuese una
orden absoluta, se desabrochó el botón

del pantalón para quitárselo y tomó a Susana del brazo.

Al salir de su pequeña cama pudo ver que no tenía puesto nada por debajo de la cintura. Por un momento apreció la silueta de sus nalgas y sus piernas, e Inmediatamente, se acercó a ella para plantarle un beso.

Ella respondió con pasión saboreando sus labios, jugando con su lengua y llevando la mano a su pene. Él, hizo lo mismo, desplazando la suya hasta la vagina de Susana. Al tocarla, sintió como estaba empapada.

Ella había estado preparándose para el momento con tiempo de antelación.

Cuando le había dicho que se iría a descansar, ya tenía rato pensando en su encuentro con el capitán. Una vez allí, ya tenía todo preparado, todo listo, todo en mente.

Eduard, introdujo sus dedos y comenzó a jugar con el interior de Susana, lo que hizo que esta dejara de besarlo para liberar los gemidos de placer que tanto gritaban por salir.

Cada uno de los sonidos que se reproducían de la voz de su sobrecargo, representaban una armonía casi perfecta de éxtasis, que se apropiaban del momento y de sus oídos.

No podían permitirse estar tanto tiempo en eso, por lo que, sin mediar en preámbulos, Eduard hizo que Susana se volteara y se inclinara sobre la pequeña litera. En una posición adecuada para arquear su espalda y subir sus nalgas, le penetró sin ningún problema.

Susana, exteriorizó un gemido reprimido que le borro la memoria mientras, que con los ojos cerrados, todos su sentidos

se activaron de manera sobrehumana.

Cada centímetro de su comandante se hacía presente en cada milímetro de su vagina.

Sentía hasta el más mínimo roce, el más suave apretón de nalga, e incluso los gemidos de Eduard, que sonaban más como rugidos ligeramente enmudecidos parecían excitarle alocadamente.

A él le encantaba como la vagina de

Susana le apretaba para que no se

saliera y, de igual forma, ella se

acercaba a él cuando este tardaba mucho

en volverla a meter. Se deleitaban con aquello, con esto y con lo demás. Todo

estaba presente mientras que el resto del

mundo había desaparecido.

Estaban adentro, a la vez, que estaban

afuera. Era primera vez que ambos

tenían sexo en las nubes, y no hubo lugar

mejor para hacerlo. Se encontraban

entusiasmados, excitados, felices y cómodos, a pesar del espacio reducido.

Necesitaban de más tiempo, porque querían

sentirse

completamente

desnudos mutuamente. Pero, no por eso aquel momento era superficial.

Con cada embestida, Susana liberaba sus gemidos acallados por una de las manos de Eduard, que, tras entender que ella estaba a punto de soltar el máximo grito, le tapó la boca para reprimirlo.

De esa forma, se escuchaban murmullos en compás de su penetración. Eran una armonía casi perfecta, él tocaba su instrumento y ella emitía el sonido.

Se

encontraban

allí,

tatuándose

mutuamente en el sexo del otro.

Susana pudo sentir varios orgasmos,
siendo uno de ellos, el que le invadió
cuando Eduard acabó en su interior.

Ya no volvería a preguntarle si podía, ya
había bautizado esa vagina de todo
pecado y ahora le pertenecía únicamente
a él. Ella lo pensaba así, ya que no
quería dársela a nadie más. Una vez la
sacó, ella se dio cuenta de que Eduard
aun estaba duro.

Susana ya no podía mantenerse de pie;
las piernas le temblaban por el éxtasis.
De todos modos, no habían llegado al
clímax del momento así que se arrodillo
y acercó su boca al pene del capitán.
Probó el sabor de sus propios fluidos,
que se emulsionaron con el semen junto
al sudor de Eduard. Se introdujo el

miembro hasta la garganta sin prestarle atención a su labial.

Eduard quiso tomarla por el cabello y hacer que el pene llegara más lejos, pero, entendió que hacerlo significaba arruinarle el peinado o el mismo maquillaje y eso podría ser fatal. La idea era pasar desapercibidos, aunque pudiese ser un tanto obvio si se descuidaban.

Susana jugó con aquel pene hasta que pudo lograr levantarse de nuevo. Por un momento quiso succionarlo hasta que acabase, pero prefirió hacerlo con su vagina.

—Creo que me falta poco. —dijo

Eduard extenuado por sus labios.

—Oh, no. No lo harás en mi boca, lo quiero en otro lado. —dijo Susana.

Se levantó e inclino nuevamente, abriendo sus piernas para que él la

penetrara de nuevo.

Eduard se acercó y la embistió varias veces, Susana puso su mano en su clítoris para aumentar la sensación mientras su capitán la volvía loca con su miembro. Luego de un rato, ella tuvo su último orgasmo y él acabó de nuevo en su vagina.

Cuando ambos terminaron, ella se levanto, a tropezones ya que las piernas de nuevo empezaron a temblarle, para darle un beso largo y jugoso.

Eduard se subió el pantalón, se acomodó la camisa como la tenía antes y trató de esperarla hasta que estuviese lista. Ella necesitaba de más tiempo para

arreglarse. Al darse la vuelta y ver que ya estaba vestido, habló.

—¿Qué haces? Si ya estás listo sube. No esperes por mi —le dijo Susana

—No te espero entonces —dijo, Eduard, como niño regañado—vale, ya me voy.

—Le dio un último beso

—Me encantó. Espero lo podamos repetir. —Le dijo Susana cuando se despegó de sus labios—. Por cierto, toma. —le entregó.

Eduard, comenzó a subir la escalera para salir de aquel pequeño cuarto.

Sentía aquello que le había dado en la mano pero que no vio hasta que salió de la cabina. Era la misma braga rosada que le mostró apenas entró.

Había pasado media hora, un poco más de lo que se esperaba. Caminó hasta la cabina de vuelo y se quedó allí sin salir

de nuevo.

—Regresaste. ¿En dónde estabas? —

preguntó Arturo.

—Haciendo algo. —dijo Eduard.

—¿Qué? —Inquirió Arturo.

—Algo. No preguntes. —repuso Eduard.

—Vale, no pregunto. ¿Fue algo bueno?

—Preguntó de nuevo.

—Sí —repuso Eduard— pero te dije

que no preguntarás. Hombre.

—Vale, vale. Ya entendí.

De vez en cuando, durante lo que quedaba de vuelo, se llevaba la mano al bolsillo para sentir aquella braga que le habían dado como un trofeo. No se imaginaba lo que significaba para ella, pero, en lo que a él respectaba, era la mejor ofrenda que alguien pudo haberle dado.

Al aterrizar, según el itinerario, les correspondía sacar otro vuelo desde

Madrid hasta Chile. Sería un vuelo de dieciocho horas, por lo que le dieron unas cuantas de descanso. La aerolínea era bastante generosa en cuanto a viajes largo, por lo que se bajaron para pasar el resto del tiempo libre en un hotel cercano al aeropuerto.

Todos se hospedaron en habitaciones separadas. Susana, prefirió ir hasta su casa para no tener que pagar; estaba prácticamente a la misma distancia que el hotel, no ir a su propia cama sería estúpido.

Gianna y Arturo, consolidaron su relación cuando, al bajarse del avión, él le apretó las nalgas, dando luz verde a su siguiente encuentro. Ellos, fueron los únicos que durmieron en la misma habitación. Pasadas las horas que les habían otorgado, todos se reencontraron

de nuevo para hacer los planes correspondientes para el vuelo.

Las

cosas

sucedieron

como

de

costumbre. Susana y Eduard se rozaban comprometedoramente; las manos, los brazos, los hombros. A la vez que se lanzaban miradas furtivas que les ayudaba a recordar su experiencia dentro del avión.

Pudieron haber hecho lo mismo que hicieron Gianna y Arturo, pero ambos se encontraban completamente cansados y, comprendían lo importante que era no extralimitarse de vez en cuando.

Durante el viaje, Eduard salió varias veces para acercarse a la sobrecarga y

ofrecerle una mirada comprometedora, incluso, logró apretarle varias veces las nalgas.

Terminado aquel viaje, y llegado a su destino, todos se hospedaron en un hotel de la ciudad de Santiago de Chile.

Eduard y Susana, estuvieron todo el camino hasta el lugar de hospedaje, imaginándose mutuamente desnudos.

Bien estaban agotados, pero, las ganas que se tenían eran más fuertes que su cansancio. Los efectos de su último encuentro ya se habían disipado y, con sus miradas, se comunicaban ese deseo.

Una vez en el hotel, luego de registrarse y entrar cada uno en su habitación,

Eduard y Susana se pusieron de acuerdo para encontrarse en una de esas. Ya puesto en práctica su plan, estando en el mismo cuarto, no esperaron más y comenzaron a besarse.

Susana estaba con una bata, ya completamente desnuda esperando por su capitán. Eduard la despojó de su único pedazo de tela y dejó que ella lo desnudara a él. La llevó hasta la cama, ya en las mismas condiciones que ella, y comenzó su control maestro de las partes erógenas de su cuerpo.

Le recorrió, de los labios a la vagina, con besaos húmedos, deteniéndose en su cuello, en sus pezones, en su abdomen hasta llegar a su clítoris. Jugó con él como si estuviese enviando un mensaje en clave Morse, desatando en Susana una oleada de escalofríos que le obligaban a gritar y gemir con todas sus fuerzas. Con las manos, apretaba sus senos, aumentando la calidad del placer. Él se encontraba completamente duro, listo para recibir a su chica, pero, quería esperar, mantenerse atento, lucido,

activo, una vez Susana no pudiera más con su cuerpo. Durante un buen rato estuvo jugando con su sexo, haciéndola alcanzar el éxtasis numerosas veces.

Determinaba cada uno de sus gemidos con cada uno de sus movimientos de lengua, de sus besos, de sus manos, cosa que la volvían completamente loca. Ella, apretaba su cara contra su vagina, levantaba las caderas cada vez que le recorría el cosquilleo que se extiende como el sonar de un radar.

Su piel se encontraba erizada, sus pezones y su clítoris erectos. Necesitaba coger algo con fuerzas entre sus dedos, presionar sus labios contra lo que fuese delicioso, contra alguna parte que llevase la esencia de su comandante.

Estuvo retorciéndose de placer hasta que alcanzó su tercer orgasmo. Durante toda aquella demostración, Susana le

suplicaba que la penetrase, se lo comunicaba de todas las formas que conocía.

Le rogó, entre orgasmos y gemidos sin ningún resultado. Eduard, por fin entendió que estaba desesperada, por lo que despegó su rostro de su entrepierna para hablar.

—¿Qué sucede?

—¡Métemelo! ¿Por qué eres así?

¡Dámelo de una vez! —le pidió, totalmente excitada.

—¿Qué? —se levanto, acercándose a ella— ¿Esto? —agarrándose el pene.

—Sí, eso. Dámelo. ¿Cómo quieres que te lo pida? Métemelo de una buena vez.

Decidido y excitado, Eduard penetra con todas sus fuerzas a Susana, que, en un suspiro de éxtasis, alcanzó su siguiente

orgasmo,
quedándose
completamente en blanco, manteniendo
por en su totalidad la respiración,
perdiendo la visión y olvidándose de su
nombre.

Eduard comenzó a embestirla, chocando
su pelvis en contra de la de ella,
apagando las llamas de sus cuerpos.

Cada vez que la rozaba, sentía que
llegaba a la gloria, que el mundo entero
dejaba de ser importante.

Se acostó sobre ella, dejando que sus
cuerpos se tocasen, desafiando las leyes
que dicen que los atamos nunca se tocan.

Ella le gemía a él en el oído, recitándole
sus
más
grandes
éxitos.

Había

compuesto esa canción y Susana se la estaba cantando a todo pulmón.

Eduard, sacó su pene, y agregó.

—Quiero acabar en tu boca. —Dijo

Eduard, acercándolo al rostro de Susana.

—Ven, acábame en la boca. —le dijo

Susana, levantando la cabeza.

Estaban en posición, listos para el disparo. Susana, tomó el pene con la mano y empezó a estimularlo para acelerar el proceso.

Luego de un par de movimientos, Eduard sintió el extenuante placer de su orgasmo, que finalizó expulsando una carga de semen que ella recibió con la boca abierta. Posteriormente, se dedicó a jugar con él antes de tragárselo por completo.

Eduard se dejó caer a su lado, casi

agotado. Pero, Susana, se levantó llena de energía para sentarse sobre el capitán del avión e introducirse aquel pene.

—Aún no se acaba, vaquero. —dijo Susana— vas a probar lo que es una buena cabalgada.

Susana, comenzó a mover sus caderas, rebotando sus nalgas sobre las piernas de Eduard. Él levantó los brazos y puso las manos sobre los pechos de su sobrecargo para sintonizar de nuevo la misma melodía de gemidos que llevaba

rato escuchando. Estaba sensible por su última eyaculación, pero ella no dejaba

de moverse.

Seguía chocando contra él, irritando su garganta a gritos, mientras él estaba a punto de alcanzar de nuevo el clímax.

—Voy a acabar. —le advirtió Eduard.

—Todavía no, espera. ¡Un poco más! —

le exclamó Susana entre gemidos.

Se sacudió por completo, él la tomó por la cintura para acelerar el paso. Ambos, acabaron al mismo instante.

Luego de terminar su encuentro, ambos se volvieron a recostar, lado a lado, en la cama hasta quedarse profundamente dormidos. Se despertaron a las horas, cuando Gianna tocó a su puerta para preguntarle si bajaría a comer con todos.

Los dos, se levantaron asustados, como si tuviesen que esconder algo, hasta que Susana se percató de que sólo era su amiga. En ese momento, se dirigió a la puerta y la abrió. Se encontraba aún desnuda y Eduard se quedó frío detrás de ella, sin saber por qué lo había hecho.

—¡Oh...! —exclamó Gianna— ya entendí —dijo con una sonrisa— entonces te espero abajo.

Susana, le repuso con una sonrisa

mientras que Gianna se regresaba con el grupo que se encontraba en el pasillo como si no hubiese visto nada.

Su amiga se había apoderado del mando de ese avión y sabía que no lo dejaría escapar por nada en el mundo.

Luego de cerrar la puerta, se dio la vuelta.

—¿Qué fue eso? —preguntó, Eduard, confundido.

—Nada. Ella no va a decir nada, no te preocupes.

—Está bien. Tampoco es que fuese importante.

—Entonces, estás listo para un rapidito. Debemos bajar cuanto antes.

—No me quejo.

Eduard se acercó a ella y comenzó a besarla.

Al cabo de unos minutos, los dos habían bajado por separado, como si nada

hubiese pasado. Se concentraron en la reunión con el resto de la tripulación y comieron con calma.

A la mañana siguiente, caminaron por las calles de la capital de Chile, explorando el área, conociendo nuevos lugares y disfrutando del momento mientras podían; ese pequeño y limitado regalo que les ofrece el mundo de la aviación.

Pasaron la mitad del día en aquella actividad, y la otra mitad en lo que cada uno prefería o consideraba mejor hacer por sí solo.

Esa misma noche, Susana y Eduard volvieron a entretenerse mutuamente.

Los días pasaron, tuvieron diferentes viajes. Los encuentros apasionados se reducían a pequeños o largos momentos entre vuelo y vuelo.

Sólo una que otra vez lo volvieron a hacer en el avión. Las ganas entre los dos se hacían cada vez más fuertes, a la vez que la cantidad de tiempo que invertían pensando en el otro.

Eduard y Susana se encontraban en la tesitura de, si continuar con aquello que llevaban tiempo haciendo, o centrarse en la idea de que en su línea de trabajo eso podría presentar un problema grave.

No conocían las políticas de esa aerolínea en cuanto a los encuentros románticos o relaciones interpersonales entre compañeros de trabajo, asumían que eran iguales a los de las demás empresas de vuelos comerciales.

Eduard, cuando pasaba las noches solos, se desvelaba pensando en que lo que estaba haciendo con Susana era más que simple sexo. Cuando no estaba con ella, invertía su tiempo en pensarla, y, cuando

sí, invertía su tiempo en memorizar cada segundo a su lado para no olvidarlo nunca.

Cuando le tocaban los días libres pero él debía trabajar, o la cambiaban de línea solamente por uno o dos vuelos, se sorprendía necesiéndola, soñándola despierto. Sin darse cuenta, su mundo entero giraba en torno a ella.

Susana, vivía la misma desesperación al no poder verlo. No se había tomado su tiempo en averiguar si realmente podía estar en una relación formal con él. Para lo que sabía, el hacerlo, sería jugársela ante cualquier situación y esperar salir ganadora, con un muy corto margen de probabilidades.

Cuando ambos trabajaban al mismo tiempo, en el mismo avión, se disfrutaban mutuamente.

Se saludaban al llegar antes de abordar

y trataban de quedarse juntos después
del aterrizaje para conversar con calma,
comer
en
algún
restaurante
del
aeropuerto y, si podían, gozar sus
cuerpos en algún baño del mismo lugar.

La única cosa que los detenía era el
saber si realmente podían estar juntos.
Bien, su desempeño en el trabajo no se
mostraba afectado por aquella práctica,
pero, a pesar de que no conocían a
ningún miembro de tripulación que se
hubiese emparejado con el capitán o
incluso entre TCP, no dejaban de lado la
posibilidad de intentarlo y arriesgarse a
las consecuencias.

Gianna, fue más cuidadosa en ese

aspecto. Al presentarse bajo las mismas circunstancias que ellos dos, prefirió consultar su contrato para averiguar si estaba haciendo algo que infringiera con su empleo.

Bien averiguó que no había ningún problema, pero no considero necesario mencionárselo a sus compañeros de trabajo que se encontraban en una disputa personal entre, aceptar su destino o, luchar por su relación.

—Eduard, tenemos que hablar. —le interpelló Susana luego de bajar del avión— creo que deberíamos hablarlo ahora antes de que se nos haga más difícil.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó preocupado.

—Sobre esto, sobre lo que estamos haciendo. Necesito saber —le explicó Susana.

—¿Saber qué? ¿Qué haremos?

—Sí, pero no. No saber lo que vamos a hacer, sino lo que significa esto para ti.

—¿Por qué necesitas saberlo?

—Porque así sabré si realmente vale la pena intentarlo. Intentar estar juntos.

—¿Qué sientes tú?

—Pregunté yo primero.

—También necesito saberlo.

Ambos, se mantuvieron en silencio sin ponerse de acuerdo en quién hablaría primero. Eduard, tomó la iniciativa. No tenía nada que perder, ya que lo único indispensable era Susana.

—La verdad, es que yo siento que esto es especial... —hizo una pequeña pausa.

Susana, levantó la mirada, a la expectativa de que, aquello que le diría, podría ser algo maravilloso.

—Siento que no tengo la capacidad de

huir de lo que realmente siento, de lo
que realmente quiero. Y eso, eso eres tú.

—prosiguió Eduard.

—Eduard... —dijo Susana, entumecida.

—Por eso, lo que siento, es amor.

Porque, yo te amo, Susana. —dijo

Eduard— ¿Esto es suficiente para ti?

Susana, se llevó la mano al pecho,
alegre por lo que había escuchado.

Eduard se había confesado frente a ella,
con genuina sinceridad. Las palabras no
terminaban de formarse en su mente para
poder decirlas. Intentaba expresar sus
sentimientos, pero se le escapaban con
para exhalación de aire. Su respiración
estaba agitada, al igual que sus
palpitaciones.

—Entonces ¿tú que sientes? —le
preguntó Eduard.

—La

verdad

—dijo

Susana,

recuperando la compostura— no me
esperaba que dijeras eso.

—¿Y, que dice al respecto? —inquirió
Eduard.

—Que, no deseo hacer otra cosa que no
sea estar contigo. Y si eso significa
perderlo todo, entonces no me importa.

—Eso es suficiente para mí.

—Y para mí.

Eduard y Susana, se despertaron de un
sueño

que

llevaban

tiempo

experimentando. Luego de conocerse,
luego de despertar de sus propias
ambiciones, dejando todo de lado,

descubrieron la existencia compartida,
algo que no habían sentido por mucho
tiempo. Se habían vuelto exclusivos
para su trabajo, hasta ese entonces.

A la mañana siguiente, quisieron dejar
todo
como
estaba.

Disfrutándose
mutuamente hasta que su tiempo en las
nubes se acabase. Ambos estaban de
acuerdo en ello. Ya hecho los
preparativos y despegado el avión,

Susana

quiso

exteriorizar

sus

sentimientos con su amiga.

—Esto es horrible. —dijo de repente, al
ver que Gianna se le acercaba.

—¿Qué? o ¿Qué? ¿Pasó algo? ¿Qué viste? —inquirió Gianna.

—Nada, es esto. Eduard. —Repuso Susana.

—¿Qué te hizo? —preguntó Gianna.

—¿Él? Nada —dijo, acordándose de sus palabras— todo lo que hace es perfecto.

—¿Entonces? ¿Qué es horrible? — insistió.

—Pues, que, resulta que no sabemos cómo hacerle. Si nos descubren, podrían despedirnos, y, este es mi sueño, el estar aquí, al igual que el de él. Y yo... — dijo, hasta que Gianna la interrumpió.

—¿A caso eres estúpida? Eso no es importante. —le dijo, con seguridad.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, incrédula.

—Pues porque no hay ningún problema con que salgas con el capi. A nadie le importa. —le dijo Gianna.

—Pero, la aerolínea. —insistió Susana.

—Ella es la que menos se interesa en eso, querida. No sufras. Solo no arruines tu desempeño en el trabajo y ya. —le aseguró.

—Entonces... —dijo, antes de perderse en pensamientos.

—Sí, puedes tirarte a ese macho todo lo que te dé la gana. —le aseveró Gianna

— Yo lo averigüé antes de hacer formal lo mío con Arturito. Así que, relájate.

Susana, se entusiasmó por lo que le había dicho. Caminó apresuradamente hasta la cabina de vuelo y comenzó a pedir, apresurada, poder entrar.

—Susana,

¿qué

pasó?

—preguntó

Arturo, abriéndole la puerta.

Susana, no respondió a su pregunta.

Eduard, se volteó para ver que sucedía, y, en el instante en que lo vio, apartó con cuidado a Arturo, quien se quitó del medio, y se acercó al capitán. Lo abrazó por el cuello y le besó con fuerzas.

Arturo, al ver aquello, sonrió y cerró la puerta para evitar que los viesen desde fuera. Luego de unos segundos, Susana separó sus labios de los de Eduard para expresarle su noticia.

—No hay nada que nos impida estar juntos. Solo intenta no arruinar tu trabajo, y todo saldrá bien.

Se alejó de él, acomodó su uniforme y salió de la cabina como si nada hubiese sucedido. Eduard, tardó en procesar la información, pero, luego de que Susana salió de la cabina. Entendió por completo. No sabía del todo los motivos

de su reacción, pero tomando en cuenta la forma en que se abalanzó sobre él, era algo importante.

Ambos, sonrieron en ese instante. Su relación no sería un problema, el único problema que tendrían, sería poder superar el deseo de tenerse en todos lados y así evitar hacer de ello un inconveniente.

Las nubes, no dejarían de presenciar un poco del amor que estaba listo para entregarse.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas —

que creo [serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.](#)

Nuevamente, [gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.](#)

[Haz click aquí](#)

para [suscribirte a mi boletín informativo y conse guir libros gratis](#)

[¿Quieres seguir leyendo?](#)

[Otras Obras:](#)

[La Mujer Trofeo](#)

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— *Comedia Erótica y Humor* —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el](#)

[Millonario](#)

— *[Romance Oscuro y Erótica](#)* —

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de](#)

[Vacaciones](#)

— *[Erótica con Almas Gemelas](#)* —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo.

Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en

la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que

no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor

pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más

mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí.

Supongo

que

habría

preferido

que

siguiera

escaldándome las manos de lavaplatos en un

restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca

es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho,

sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi

infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad.

“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso.

Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de

pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor,

creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si

encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar

orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando

veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la

piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche

largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos

se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un

gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa

franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así

que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres

desayunar

algo?

—pregunto

mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán.

Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de

revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos

del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a

una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma

puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado

del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un

futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos

por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no

se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado.

A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo,

¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos

días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una

sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le

roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de

mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo

estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El

próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el

premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no

supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan

precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante

seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo

tenemos que usar toda nuestra
voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo
semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin
de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es
así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante.

Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le

da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi
desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —

pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo

quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de
bronceado; en el

sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos
deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar
de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a
encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le

mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A
veces me pregunto por qué, de

entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá

cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta

con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—.

Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.

¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas,

mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps

mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está

pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un

arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no

necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos

largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso

la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas

puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con

una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa,

la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el

que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista

Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review

de este libro?

Gracias.